

PARTE VII

NATALIE CONVERS
MARIPOSAS
EN TU
ESTÓMAGO

Lectulandia

No hay nadie más experta en los trabajos de media jornada que Beca: a sus 18 años no solo es la mayor de cuatro hermanos, también es la compañera de combate junto a su madre para sacar a la familia adelante al la vez que estudia muy duro para las clases. Después de que su padre se marchase sin ninguna explicación cuando ella tenía solo 16 años, aprendió una gran lección: no te fíes de ningún tipo con sonrisa arrolladora y un imán natural para las nenas. A pesar de ello, pronto conoce a Alex, un enigmático y atractivo estudiante de Bellas Artes que puede hacer aparecer mágicamente mariposas en su estómago y que irremediabilmente cambiará su vida para siempre mediante un giro inesperado del destino.

Lectulandia

Natalie Convers

Mariposas en tu estómago (Parte VII)

Mariposas en tu estómago - 7

ePub r1.0

Titivillus 09.10.16

Título original: *Mariposas en tu estómago (Parte VII)*

Natalie Convers, 2016

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

*A mis dos crisálidas, Aída y Marta; a mi madre,
la mariposa reina, y a ti, lector que me lees,
porque esta historia ha sido posible.*

Si no escalas la montaña, jamás podrás disfrutar el paisaje.

PABLO NERUDA



Capítulo 1

BECA



La pregunta sobre qué hace mi padre aquí, en medio de nuestra cena en un país extranjero, cae en el vacío y nadie la recoge. Tan aturridos están todos en la mesa, Dmitry, Ángela, Elisa y Sofía, como yo.

Excepto Alex..., Mick y...

¡Dios mío! Mi padre, de carne y hueso, está inexplicablemente ahí, delante de mí, delante de todos. Observo que aprieta el asa de un maletín de piel oscura entre los dedos de su mano derecha hasta que los nudillos se le quedan en blanco. Mi ansiedad por lo que pueda haber dentro se dispara.

De algún modo consigo salir de mi estupor inicial, pero es peor ser tan consciente de su presencia. Mi cabeza empieza a divagar y mis pulsaciones se vuelven más rápidas, son duros golpes de martillo en mi pecho.

Papá... La palabra se queda atascada en mi garganta.

Cuanto más me hundo en la vorágine de pensamientos, más siento cómo una serpiente invisible me sisea al oído aquello que no quiero escuchar. Esta se desliza por mi cuello, me presiona y, cuando parece que me va a soltar, hincha todo su pequeño cuerpo y me ahoga en su abrazo mortal. El horror me estremece, se aferra a mí con todas sus fuerzas. De repente, varios escalofríos me recorren el cuerpo, cada uno de ellos acompañado por un sudor helado que parece lacerarme la piel con un látigo en cada estremecimiento.

Me cuesta recordar que debo respirar.

El miedo no es algo recomendable para nadie, pero si detrás de él se esconde la culpabilidad, entonces eso..., eso sí que te puede hacer entrar en pánico real, y es lo que yo estoy sintiendo.

«La muerte del hermano de Alex no es culpa mía ni de mi padre», me corrijo primero.

«¡Cálmate!», me grito mentalmente con todas mis fuerzas, y al instante la visión de la serpiente desaparece.

El silencio sigue cargado y lleno de interrogantes. Nadie se atreve a romperlo todavía y la cena ha dejado de humear en nuestros platos. Apenas noto la sombra de Alex a mi lado, que echa un poco hacia atrás su silla con un pequeño golpe de las patas que llama la atención de los demás, y luego se inclina para recoger de la pálida

alfombra con arabescos mi tenedor, que he tirado inconscientemente en medio de la conmoción. Con una actitud indescifrable lo deposita en el espacio que ha quedado libre del mantel.

Alex... Ha debido de ser él quien ha provocado esta situación. Pero... ¿por qué?, ¿cómo?, ¿qué trata de hacer? Estas y más preguntas se formulan en mi cabeza de forma atropellada cuando me giro hacia él interrogante. Nadie puede conocer sus pensamientos, con Alex las certezas son siempre muy relativas.

Él vuelve a colocar su mano en mi rodilla, pero no me mira, e ignora también las miradas del resto.

De pronto, sus dedos me presionan de modo breve la pierna como si intuyera mi ansiedad. O quizá es él quien busca mi apoyo. Es muy difícil saberlo.

Decido confiar en él, y eso me hace más fuerte. Me relajo, aunque por poco tiempo.

—Rebeca, hija...

La voz de mi padre, ronca y fuerte de fumador, entra por mis oídos, vibra de una manera muy real en mi cabeza y desciende hacia el fondo de mi estómago como una bola de fuego. Me vuelvo de nuevo hacia él, aunque solo deseo huir de esta casa, regresar a mi pequeña habitación en Madrid y sentirme rodeada por los brazos de mis hermanos y de mi madre. Lejos de este lugar y de esta inquietante escena «familiar».

Todavía quedan unas semanas para que empiece la universidad, pero parece que las vacaciones han terminado antes de lo esperado.

Trago saliva.

Mi padre no aparta la mirada de mí. Esta trasluce una pequeña parte de mis propios sentimientos durante un instante a través de sus ojos castaños, tan similares a los míos, pero él pestañea y de inmediato la inquietud se convierte en determinación sólida. Se lleva la mano libre a la cabeza y se quita el sombrero de color gris oscuro para saludar con un ligero aire en el gesto a Humphrey Bogart, su actor favorito desde que vio *Casablanca* de joven. Me sorprende que yo pueda recordar este detalle de su vida a pesar de que pronto harán tres años sin él en casa.

Siento un leve pellizco en el pecho, muy cerca del corazón. ¿Es añoranza?

Me percato de que los dedos le tiemblan de forma sutil. Al igual que Mick, Daniel tampoco se ha deshecho de su abrigo, y lleva una bufanda negra enrollada al cuello, casi tan apretada como el abrazo de una boa constrictor. Sus mejillas están desteñidas por pequeñas motitas blancas y rosadas debido al frío de la calle, que puedo oler entremezclado con un perfume barato y fuerte que llena el ambiente del comedor.

En estos momentos que sé la verdad, dónde estuvo mi padre en lugar de permanecer en casa con su familia, lo veo de forma diferente. Noto que sus prendas no están tan nuevas como me parecieron la primera vez que lo encontré en la cocina discutiendo con mi madre, y que han pasado por tiempos mejores. Las mangas de su abrigo están desgastadas, y en una de ellas observo que hay una pequeña mancha blanca.

Quiero levantarme, pero cuando hago el intento, Alex me pasa con delicadeza la mano por mi cintura muy cerca del agujero, para recordarme el roto de mi vestido, y me retengo.

Frunzo el ceño. A diferencia de mí, Alex continúa con la misma expresión de impasibilidad, y cada vez me parece más evidente que la presencia de mi padre no le resulta ninguna sorpresa.

Los cables de mi cerebro empiezan a conectarse entre sí, uno a uno, y entonces entiendo que hasta el accidente provocado en mi vestido antes de comenzar a cenar podría no haber sido solo una coincidencia.

Esta noche Alex está decidido a encender un fuego griego, uno imposible de apagar.

«¡Dios mío...!», me repito mentalmente una y otra vez. Por unos instantes me debato entre levantarme y zarandear a Alex al tiempo que le grito lo que pienso de toda esta locura.

De repente, una copa de cristal atraviesa mi campo de visión, cae a los pies de mi padre y se hace añicos con un sonido estentóreo que repercute en todo el comedor. La alfombra se tiñe de oscuro por el contenido.

Mis pensamientos se desvanecen de inmediato.

—Fuera, fuera de esta casa, bastardo. Aléjate de mi familia —ordena.

Ese alarido furibundo y palpitante que se ha escuchado ha sido el de la madre de Alex, incluso sin mirarla lo sé. Todos se dan la vuelta hacia ella, excepto yo, que todavía observo los restos de cristal con la misma atracción que existe entre un pedazo de hierro y un imán.

Al final, giro la cabeza también. Me quedo paralizada. Ángela se ha levantado de la mesa. Sus pupilas destilan un auténtico resentimiento hacia mi padre, intensificado por las luces de las velas ubicadas en la mesa. Lo ha reconocido y el cuerpo le tiembla violentamente por la adrenalina. Sus cejas fruncidas, los labios apretados...: el bello y armónico conjunto de su cara que parece siempre inalterable se ha transformado en una máscara de ira y puro odio.

—¡Largo! —exige Ángela, y se lanza sobre mi padre antes de que alguno de nosotros podamos reaccionar a tiempo.

Tal vez Daniel no empujó a su hijo con sus propias manos aquel día mientras escalaban, pero Ángela lo ve como el asesino real, el «contenedor» donde ha desechado todo su dolor y la rabia por la pérdida que ha sufrido. Quizá por ello quiera alejarlo con todas sus fuerzas.

Mick es el primero en actuar: trata de alejar las uñas del rostro de Daniel como puede, llevándose algún arañazo en el proceso.

—Papá —lo llamo desesperada, y me giro hacia Alex, que permanece en su sitio observando la escena con un rostro inescrutable.

No puedo creer que esto esté ocurriendo. Se supone que Alex y yo íbamos a disfrutar de un viaje repleto de buenas noticias, pero ahora siento que me voy a

desvanecer.

«No, debo ser fuerte», me digo.

—Cariño, tranquilízate, por favor —interviene el padre de Alex agarrándola por la espalda como si se tratara de un peso más ligero que una pluma para él. Dmitry ha perdido todo rasgo de humor y compone una expresión dulce, mientras intenta que su mujer no tome otra de las copas como proyectil—. ¿Qué te sucede, Kalinka?

El cabello de Ángela está esparcido de forma desordenada por sus pequeños hombros, confiriéndole el aspecto de una fiera a la que le acaban de arrebatarse sus crías. La imagen me resulta desgarradora.

Entonces ocurre aquello que había estado queriendo evitar: la madre de Alex me mira a mí a través de esas dos pupilas contraídas y me señala con un dedo. Es la viva imagen de Maléfica en *La Bella Durmiente* cuando descubre a su cuervo petrificado.

Aguanto la respiración. Encojo las manos en dos puños y en mi cabeza canto una nana, es una canción tan simple que ni siquiera tiene letra y que mamá suele tatarrear mientras limpia cada vez que está preocupada.

—Tú también. Fuera. Fuera de la casa —grita Ángela muy alterada—. Eres la hija de un asesino. Aléjate ahora mismo de mi hijo.

La voz se le agrieta con las últimas palabras y suena más como un gemido ahogado.

Alex se aclara la garganta y adelanta el cuerpo en un ademán protector. Noto que Dmitry entrecierra los ojos en dirección a mi padre para concentrarse en su rostro, y luego lo compara con el mío. De pronto, abre los párpados de golpe como si acabara de entender. Sin embargo, esconde sus emociones al instante de tal modo que me recuerda a Alex, y de inmediato sus raíces rusas toman el control confiriéndole un gesto enérgico de seguridad en sus masculinas y atractivas facciones.

—Kalinka, es Beca, la novia de nuestro hijo. Ella no tiene nada que ver con lo que le ocurrió a Eduardo. Es una buena chica —dice en tono suave al mismo tiempo que le acaricia el hombro.

Dmitry hace gala ante su mujer de una enorme paciencia y serenidad, que le han granjeado su actual fama de importante hombre de negocios, pero Ángela se resiste todavía. Entonces, Dmitry la gira por los hombros y la atrae con fuerza contra su cuerpo, arropándola entre los brazos. Siento la imperiosa necesidad de cubrirme los ojos, pero me contengo.

Ángela se queda paralizada de repente debido a la sorpresa, no obstante, solo por unos segundos.

—Suéltame —insiste con una voz débil. Las lágrimas le ruedan por las mejillas y parte de su maquillaje se ha ido con ellas por su rostro—. Por favor, Dima —suplica.

—Sofía, toma a mi mujer y llévatela para que descanse en nuestra habitación, por favor —ordena Dmitry con una voz potente y grave, todavía más escalofriante por la fuerza de su acento materno.

Nadie querría llevarle la contraria, igual que nadie se colocaría delante de un león

con las fauces abiertas dispuesto a convertirle a uno en el aperitivo para la cena.

—¡No! Sofía, quédate donde estás —se impone Ángela de pronto—. Son ellos los que deben irse de aquí, Dima. No puedo ver a ninguno de ellos.

Dmitry empieza a mostrarse indeciso...

Ni Mick ni mi padre se mueven, ni siquiera un poco, y se mantienen en el mismo lugar igual que estatuas imbatibles a pesar de las palabras de Ángela. Por el rabillo del ojo me parece ver que Mick busca la mirada de Alex... Es evidente quién es el que controla en realidad la situación desde las sombras.

—¿Por qué lo has traído aquí, Mick? —inquire Sofía, que acaba de recuperarse de la impresión e interviene por primera vez.

—Por favor, no culpes a Mick, tía. He sido yo quien le ha pedido que lo trajera —interviene Alex. Entonces, retira su silla hacia atrás, se pone de pie y da un paso adelante. Sus hombros están alzados y todo su perfil brilla de seguridad. En el bonito y cálido salón de la casa, la temperatura baja varios grados en ese instante, al mismo tiempo que la expectación aumenta igual que cuando el actor principal sale por primera vez a escena. A continuación, y en medio del desconcierto, Alex camina sin prisas hasta mi padre, le rodea de modo familiar con un brazo por los hombros y lo empuja ligeramente hacia la silla libre que hay entre él y Sofía—, porque hay algo que tiene que decirnos a todos —anuncia aún más misterioso—. Por favor, Daniel, toma asiento con nosotros.

—No —digo encontrando finalmente mi voz, sorprendida. Lo último que deseo es que la relación de Alex con sus padres empeore todavía más a causa mía—. No, Alex. Él no puede estar aquí. Esta no es la manera adecuada de hacer las cosas. —Termino de hablar mucho más firme al notar que me escucha.

Él me mira con esa expresión impasible en la cara que nunca soy capaz de leer, pero sé de algún modo que siente curiosidad por mi negativa. Escondo los puños cerrados bajo el mantel de la mesa.

—Es tu padre, Rebeca. Por supuesto que puede estar aquí con nosotros —asegura incluso con una ceja fruncida que muestra desconcierto.

Suena sincero y en cierta forma casi me hace creer que no existe una segunda intención escondida tras sus palabras.

Todo lo que dice, el modo en el que se mueve su boca... es una verdad aplastante. Siento que soy absorbida por su poderosa luz, pero...

Sacudo la cabeza.

—Hijo. Él es el asesino de tu hermano. —Las palabras apenas salen como un hilo de voz de los labios de Ángela.

—Él no fue quien mató a mi hermano. Nadie lo hizo, igual que tampoco nadie me empujó a mí en aquella montaña —rebate con una pasión contagiosa Alex. Sus ojos lanzan llamas ardientes y son tan brillantes que no puedo apartar los míos de los suyos. El corazón me palpita con fuerza—. Es hora de que todos lo sepáis, incluida tú, mamá. ¡Acepta la realidad de una vez por todas! Has estado tan ciega todo este

tiempo con la muerte de mi hermano que tus verdaderos enemigos se han bañado en cada una de tus lágrimas con toda su suciedad.

—¿Qué quieres decir, hijo?

Ángela deja de removerse en los brazos de Dmitry y pone atención a Alex, esta vez en serio.

Enemigos... ¿Es posible que haya personas que sean capaces de hacer daño a una familia tan poderosa como la de Alex?

—Deja que el padre de Beca se siente con nosotros a cenar, mamá —replica en su lugar Alex. Puedo notar como la tensión se acumula en su angulosa mandíbula mientras espera, pero eso es todo cuanto queda de su arranque de hace tan solo un momento.

¿Qué significa todo lo que acaba de decir?

Capítulo 2

BECA



Los dedos de los pies me duelen de tanto apretarlos en el interior de los escurridizos zapatos de tacón y el sudor me arde entre ellos. Más tarde tendré que meterlos en agua con sal y echarme abundante polvo de talco.

La mesa tiembla tras una seca sacudida.

—¡Basta, Alex! Ni su propia hija quiere tenerlo aquí. ¿Por qué nosotros tendríamos que ver o escuchar lo que tenga que decir esta persona? —interviene Sofía, y se levanta de golpe justo cuando Ángela comienza a dudar, la rabia se le refleja en las pupilas oscuras como el carbón—. Debes acabar con esta humillación. ¡Piensa en tus padres y deja de jugar a castigarnos a todos por lo que te pasó! Todos hemos sufrido, pero ya forma parte de nuestro pasado. Sin embargo, este hombre es y sigue siendo un estafador. No hay nada más que hablar.

—Eso no es cierto —se defiende mi padre al instante. Sofía lo ignora y continúa hablando.

—Hermana, ¿vas a dejar esto así?

—Este hombre es un delincuente —afirma Ángela con una fuerza y una pasión intensas, reanimadas por Sofía. Es increíble el parecido entre ambas cuando están furiosas.

—Ya está bien. Sofía, vete con Ángela. Yo hablaré con el padre de Beca y nuestro hijo.

El terror inunda los ojos de la primera aludida.

—No, cuñado, me quedaré aquí.

—Desde luego no nos iremos ninguna de las dos, Dima —la apoya rápidamente Ángela.

—¿He tartamudeado o he preguntado? No, no le he pedido opinión a ninguna. Esta es una orden —sentencia.

Dmitry parece a punto de perder la paciencia y su rostro muestra señales de cansancio. Sin decir una sola palabra más, tira de su mujer hacia afuera de la habitación casi de una manera cómica y pide a Mick que lo acompañe.

Al instante, Sofía pasa por delante de mi padre propinándole un empujón al mismo tiempo que murmura algo que no llego a escuchar, y después se dirige hacia nosotros y agarra del brazo a Alex para apartarlo a un lado.

Durante unos segundos, ambos, tía y sobrino, se miran como si estuvieran manteniendo una complicada lucha interna. Indecisa, me quedo en mi sitio junto a la mesa, pero continúo observándolos a los dos con preocupación.

Sofía resopla y vuelve a colocarse el pelo. Parece sofocada y mucho mayor. Alex ha ganado la primera batalla, pero es obvio que su tía no está dispuesta a dejarlo irse libremente.

—Tendrás que darme una buena razón para lo que has hecho esta noche, sobrino. En privado —recalca entre dientes y con la deliberada intención de arrastrarlo hacia afuera también.

—No, Sofía —le contradice Dmitry, que acaba de regresar casi al instante. Mick no está con él. Los gritos de Ángela se escuchan atenuados por las paredes, y de inmediato me hago una idea de lo que está haciendo—. Nadie va a marcharse de este salón hasta que aclaremos las cosas. Incluido usted —dice refiriéndose a mi padre.

Al oír a Dmitry, Daniel se estira y vuelve a agarrar con fuerza el maletín, que se le ha caído al suelo debido al empujón de Sofía de hace tan solo un momento.

—Eso no es lo que... —farfulla Sofía, y mira hacia Alex pidiendo auxilio; él alza los hombros y exhibe un gesto de circunstancias. Yo pongo los ojos en blanco y suspiro por lo bajo—. No es buen momento, Dima —dice al fin.

—Debiste aprovechar tu oportunidad de marcharte cuando te pedí que acompañaras a mi mujer, cuñada —dice cerrándole la boca y lanzándole aquella mirada cansada del mundo tan particular en todos los hombres Kirov. Entonces, se vuelve en dirección a nosotros y centra la atención en su hijo—. Y bien, Alex. ¿Cuál es esa buena razón? Responde a tu tía.

Detrás de esas palabras hay una ligera reprimenda e incluso me parece percibir una advertencia, pero Alex no se amedrenta. Como si hubiera estado esperando por ello, saca de su bolsillo un papel demasiado doblado y lo extiende con cuidado. Mi corazón late mucho más rápido ante la magnitud de los nuevos acontecimientos. No sé lo que puede significar ese papel arrugado, pero estoy segura de que nada bueno.

Desde mi posición me es imposible ver lo que contiene. ¡Ojalá no tuviera ese maldito desgarrón en mi vestido!

—¿Cómo has conseguido eso? —balbucea Sofía entre dientes.

Alex sonrío de lado, pero el movimiento es tan breve e imperceptible que empiezo a dudar si lo que he visto ha sido producto de mis nervios. Sofía empalidece y de inmediato extiende una mano como una garra para arrebatarse la hoja, pero Alex la retira de su campo de visión y se la pasa a su padre, que ya está preparado.

Dmitry comienza a leer en silencio el documento que este le ha proporcionado y no permite que nadie se le acerque. A pesar de todo, Sofía trata de quitarle el papel de las manos, pero este es mucho más alto que ella.

Es suficiente una dura advertencia en la mirada para terminar de contenerla. A continuación, toma asiento de nuevo frente a mí en la mesa, me echa un breve vistazo y vuelve a concentrarse en la lectura.

—¿Qué está pasando? —interrogo a Alex en un susurro. Siento que el corazón se me va a salir por la boca. Intento que la voz no me tiemble—. ¿Qué contiene ese documento, Alex?

—Es la prueba de que yo no fui quien permitió que esos productos defectuosos salieran al mercado hace dos años —intercede mi padre y me mira directamente a los ojos. En ellos hay una profunda tristeza. Un escalofrío doloroso me recorre el cuerpo. Es evidente que no he hablado tan bajo como pensaba—. Hace casi tres años fui estafado por mi propio socio. Me condenaron a prisión por un delito que no cometí. Perdí a mi familia, a ti, pequeña... Todo... —Traga saliva como si le doliera recordar. El corazón se me encoge en el pecho—. Todo por esa mujer —dice, y señala acusador a Sofía al mismo tiempo que eleva la voz.

—Un simple papel no demuestra nada. Cuñado, no creas nada cuanto diga esta persona. Ya lo has escuchado. Fue a la cárcel y ahora quiere tomar represalias contra nosotros por ello.

Los ojos almendrados de Sofía tienen una expresión altiva y el mentón se le adelanta casi con arrogancia, pero sus manos tiemblan.

En su vacilación encuentro su respuesta.

Está aterrada.

Capítulo 3

ALEX



Tomo aire. Mis emociones en este instante se podrían interpretar como un millón de bichos voladores de colores ígneos que se golpean de cabeza y sin control contra las paredes de mi estómago. Todo dentro de mí bulle con una danza de guerra alimentada por la sangre que circula desenfrenada por mis venas.

Hago crujir los nudillos uno a uno de la mano derecha, y noto que a cada segundo que pasa esos jodidos bichos están cada vez más alborotados, tanto como la cosa molesta que hay en el lado izquierdo de mi pecho y que no para de palpar, y tan fuerte que creo que va a estallarme y luego va a salir como un alien del tórax.

Mi corazón late igual que una bestia enjaulada.

Mierda... La adrenalina produce fuego en todo mi cuerpo.

Mi padre se aclara la garganta y acaricia con el pulgar izquierdo la textura del documento que le he pasado.

Aguanto la respiración y cuento hasta diez, con el deseo profundo de ser el único consciente de mi propia impaciencia.

—En este documento aparece tu nombre y el sello de la empresa, cuñada — afirma en un tono suave y controlado mi padre. Recibo un leve pinchazo en la cabeza en ese instante, que me deja un tanto mareado. La ansiedad y los excesos de las últimas horas debido en gran parte a la exposición han consumido mucho más de la mitad de mi energía. Comienzo a notarlo. Debo controlarme, aún no ha llegado el momento de desmayarme como una puta damisela—. Estaría bien que nos hicieras entender el motivo, ¿no crees?

Oigo la respiración de Beca.

—Dima... Yo no... —Sofía sacude la cabeza, parece que se ha quedado sin palabras, y trata de volver a empezar. Me mira, pero enseguida desaparece su interés en mí en cuanto mi padre vuelve a captar su atención—. Puedo explicártelo, Dima — asegura en voz mucho más alta, pero se queda callada, contradiciendo lo que dicen sus palabras.

—Te escucho —la anima a continuar mi padre. La vena de su cuello ha comenzado a palpar. Una jodida señal que no augura nada bueno para Sofía dadas las circunstancias.

Mi tía, quien lo ha notado también, da un paso torpe hacia atrás con sus altos

tacones de Prada, que le hacen tropezar, y yo la sujeto haciendo gala de una caballerosidad instintiva antes de que caiga. Ella me dirige de nuevo otra mirada, esta con un gesto de sorpresa. Yo también lo estoy por mi acto reflejo.

La leche, ¿qué estoy haciendo?

—Alex... —balbucea.

Por unos instantes todo nuestro entorno deja de existir. Me hundo en sus pupilas, tan diminutas y oscuras como los botones que cierran las mangas de la asfixiante camisa que llevo puesta, y me permito beber un poco de los sentimientos de su atormentada alma. Una marea enérgica de emociones se precipita igual que la gasolina en estado puro dentro de mi caja torácica y se extiende por todas mis extremidades entumecidas.

La imagen de un charco congelado que se desquebraja aparece ante mí, y pienso de repente que Sofía es como esa cobertura frágil y fría. ¿Acaso ella me ve como el peso que ha provocado aquellas grietas?

No dudo de que así sea. Ella ya debe de saber que ha sido derrotada, no tiene modo de explicar todo el daño que ha hecho a la familia de Rebeca y a su empresa mientras se dedicaba a los negocios sucios. El paso del tiempo ha hecho que se haya confiado, y yo personalmente he contribuido para que fuera así. Ahora solo tengo que aguardar.

Joder... solo un poco más... para limpiar su imagen, se lo debo a Rebeca si quiero empezar una verdadera vida con ella.

De pronto, mi tía me empuja y se recoloca la ropa. Casi me saca una sonrisa cínica al ver que todavía trata de mantener su orgullo intacto. No me da las gracias, pero tampoco las esperaba de alguien como ella: una vieja zorra sin corazón, escondida tras una armadura de caras cirugías.

Hoy la veo tal como es.

Muevo los dedos de mis manos, intentando sacudirme la sensación desagradable y vacía que han quedado en ellos tras tocarla. Se me tensa el cuerpo como una puta lápida.

—Es cierto que mi nombre está en esos papeles, ¿y qué? Nada ahí demuestra que hiciera algo ilegal. No fue nuestra empresa la que fabricó un producto en mal estado y provocó la muerte de varios de los compradores —se defiende Sofía. Su penoso estado ha cambiado de forma repentina y vuelve a mostrarse con su arrogancia habitual, agarrada a su orgullo como el único flotador que puede salvarla.

—¡Fui a la cárcel por vosotros! ¡Me estafasteis! —grita Daniel perdiendo la calma.

Noto que mi padre frunce el ceño ante aquellos gritos poco corteses.

—¿Y qué? —insiste Sofía como una reina del discurso—. Eso le servirá de recordatorio para no firmar aquello que no haya leído antes, señor —remarca en tono despectivo—. Ya no es lo que se dice un niño. Debería saber de estas cosas si lleva un negocio.

—Me dijisteis que no habría ningún problema si daba mi nombre para el proyecto —replica Daniel. Su cara muestra todos los signos de alguien a punto de perderse en un mar en medio de la tormenta—. Me asegurasteis que todo era completamente legal. ¡Os lo confié todo, incluida la producción! ¡Aposté todo por vosotros! Y me dejasteis solo en cuanto vuestros planes se torcieron. Si este chico no me hubiera dado hoy esta oportunidad, ni siquiera habrías aceptado verme de nuevo.

—Alex... —Sofía masca el nombre, y aprieta los párpados un instante—. No meta a mi sobrino en esto, se lo advierto. No crea que eso vaya a ayudarlo. —Hace una pausa—. Le repito que nada por nuestra parte fue ilegal. Su empresa se encargaba de fabricar el producto, debería haberse asegurado de que lo hacía bien. Así que deje de ensuciar nuestro buen nombre con palabras necias y sin sentido, solo por unos pocos papeles sin valor. —Los ojos de mi tía se convierten en cuchillos asesinos antes de volver a hablar—. Agradezca que aún no haya llamado a la policía y lárguese de mi casa antes de que me arrepienta de no haberlo hecho. Aquí está perdiendo el tiempo y haciéndonoslo perder a toda mi familia. Lo mejor que puede hacer es buscar a su socio, y no a mí, para solucionar sus problemas.

—¡Maldita zorra! Está mintiendo —farfulla Daniel.

—Por favor, contrólese —interviene de pronto con voz amenazadora mi padre, colocándose en medio de ambos.

—Tengo una declaración jurada de uno de los testigos que demuestra todo lo que estoy diciendo —afirma Daniel.

En ese justo momento, oigo que alguien se aclara con suavidad la garganta y aparto la vista de mi tía y de los demás. Es Rebeca la que trata de llamar mi atención. Está de pie y mantiene una mano sujeta a la altura del descosido que le he provocado, lo que la hace estar en una posición extraña y muy divertida.

Pestaño. Rebeca se sitúa a mi lado y me da un pequeño empujón cuando nota que nadie nos observa. Mientras tanto, mi tía continúa discutiendo con mi padre y el padre de Beca, cada vez más alterada.

—¿Estás bien? —murmura. Supongo que teme que esto me explote en la cara. Ni siquiera le preocupa su delicada posición. Tengo ganas de abrazarla por confiar ciegamente en mí.

Estoy maldito, y me enferma tener que hacerle pasar por este infierno conmigo aunque sea para bien.

—Cálmate, Sofía. Aún no he decidido nada —espeta mi padre antes de que pueda responder a Beca. Siento que cada palabra que pronuncia es medida y calculada, pero suena natural. Es algo que lleva haciendo desde hace años: moderar y controlar—. Debemos escuchar las dos partes implicadas.

Trato de volver a poner atención a la conversación. Parece que Daniel está a punto de mostrar la prueba definitiva que inculpa a mi tía.

—En esta cinta, la secretaria de esta mujer revela todo lo que hizo, y esto... — señala Daniel. De pronto, la mesa se llena de fotos de mi tía y de otros implicados. En

una de ellas logro ver también a Daniel sentado en una cafetería junto a Sofía y la persona que deduzco que debe de ser el socio que medió entre ambos— demuestra que hubo más que unos papeles sin valor que nos relacionan —se burla haciendo uso de las palabras dichas por mi tía hace tan solo un instante.

—¡No! —gime esta muy alterada—. ¿Es que vas a escuchar a un hombre al que no conoces de nada antes que a mí, Dima, que soy tu familia? —increpa Sofía con las mejillas acaloradas por la rabia y el terror al mirar a mi padre.

Se ha convertido en un animalillo acorralado. Una sonrisa tensa se ciñe a una esquina de mi boca. Siento en cada fibra de mi ser cómo Rebeca me observa y relajo la mandíbula.

Aburrido de este circo protagonizado por mi tía, cierro brevemente los ojos y vuelvo a abrirlos mientras espero paciente la respuesta de mi padre, el segundo socio con más acciones de nuestra empresa, pero con mayor poder e influencia dentro de ella; cuando lo hago, fijo mi vista con interés en el asiento vacío de Elisa. Tal vez soy el único que se ha percatado de su marcha durante la pelea...

Beca sigue la dirección de mi mirada, echa un rápido vistazo a nuestro alrededor e, intranquila, se gira hacia la puerta, después de inclinar su cuerpo con sutileza por detrás de mi espalda.

—El resto de las pruebas están aquí —interviene Daniel, y da un paso hacia mi padre con su maleta de piel por delante. Parece listo para batallar por él mismo lo que no pudo en el pasado. Al acercarse, los labios cerrados de Beca se abren—. Nunca engañé a nadie en el juicio y tampoco esta noche lo estoy haciendo. Su cuñada vino a mí a través de mi socio anterior hace cuatro años. Me convencieron para que firmara una serie de acuerdos a mi nombre con la promesa de aumentar el valor de nuestro negocio...

—Espere —le interrumpe mi padre. Le oigo respirar profundo y luego toma asiento en la mesa. Esto ha llegado casi a su fin—. Sofía, ¿es cierto lo que dice el padre de Rebeca? ¿Firmaste algún tipo de acuerdo con él y su socio?

La puerta suena en ese instante y un segundo después se abre.

Toda la escena y los débiles sonidos de nuestros pulmones al cambiar el dióxido de carbono por oxígeno son interrumpidos.

La persona que estaba esperando ha llegado.

El verdadero causante de todo.

El que separó a mi familia.

El que me ha convertido en lo que soy hoy.

—No fue mi mujer, Dima, sino yo —declara con voz rasposa el marido de Sofía, mi tío. Levanto la vista y me encuentro con la mirada asustada de Elisa, que empuja la silla de ruedas hacia el interior del salón.

Capítulo 4

BECA



Han pasado casi tres semanas desde que Alex y yo regresamos de Londres tras aquella fatídica noche, y desde entonces no hemos vuelto a tener relaciones sexuales o a hablar de lo que sucedió. Cuando regresamos al hotel, de repente Alex se convirtió en un torbellino de ropa, maletas, manos y pies. Al cabo de unas horas ya volvíamos a estar en España, más agotados que si hubiéramos ido de acampada a la montaña o recorrido el Camino de Santiago a pie.

Distraída, guardo en mi bolsillo el horario de todas las clases que cursaré en la facultad de Ciencias de la Documentación, que comienzo el próximo lunes. Marta lo ha imprimido para mí, ya que en nuestra casa no hay impresora.

—¡Dios mío, tía! ¿Alex no te ha tocado en todo este tiempo? ¿Lo dices de verdad? —salta Laura con los puños clavados en una de las mesas redondas que hay en La Abuelita, donde estamos sentadas, lo que me hace volver a nuestra conversación.

Se ha puesto de pie y su pelo caoba recién teñido le cae en tirabuzones similares a llamas de fuego por los hombros. Juraría que la han escuchado a varios kilómetros a la redonda.

—No puedo creerlo —insiste Laura. Sus pendientes de aro se balancean en las pequeñas orejas.

A pesar de que ya he terminado mi turno de trabajo, no puedo evitar echar una mirada alrededor con las mejillas igual que amapolas en flor. Por suerte, hoy por la tarde el local está prácticamente vacío, pero todavía reconozco las caras de un par de clientes habituales entre las mesas. Desvío la vista hacia mi copa. Todavía no he empezado el batido de pistacho helado que Rosa ha preparado para nosotras.

—Joder, Laura, chica, eres la hostia. Deberías ser presentadora de catástrofes, haces que la caída de un pétalo sea el acontecimiento del año cada vez que te pones a hablar —interviene Marta, y luego bostezo. Después de emborracharse un sábado, apareció con el pelo cortado por debajo de las orejas y teñido de negro, lo que hace que su piel parezca todavía más pálida. Laura aprieta la boca y se sienta de nuevo en su silla sin replicar, aunque intuyo que quiere hacerlo. Todas las pulseras de metal en sus muñecas tintinean—. Y bien, Beca, ¿aparte de eso has notado otra cosa que haya cambiado entre vosotros? ¿Se porta mal contigo? —pregunta de pronto muy seria.

Todo resquicio de sueño desaparece de sus ojos, y Laura también me observa muy atenta.

Me tranquilizo.

—No, lo cierto es que Alex se ha vuelto incluso mucho más amable conmigo desde entonces —respondo un tanto desconcertada incluso yo misma por mis propias palabras—. No deja que cargue con nada de peso, escucha todo lo que digo sin rechistar, aunque solo hable yo durante más de una hora, e incluso me ayudó a hacer las paces con mi madre después de que le hubiera ocultado toda nuestra relación durante este verano. Todo parece ir bien, pero...

—... no echáis ningún polvo —resume Marta sin asomo de burla.

Cierro los ojos, su comentario hace que me chirríen los dientes, pero no me molesto en llamarle la atención.

Escucho que alguien de una mesa cercana se echa a reír, esta vez ni siquiera me pongo colorada. Es más doloroso pensar que, a cada día que pasa sin que Alex me toque, mi cuerpo parece reaccionar con mayor intensidad cuando él está cerca. Apenas consigo disimularlo.

Suspiro. He comenzado a tener sueños eróticos con él todas las noches, que hacen que me despierte húmeda y agotada. Su maldito hechizo sexual ha crecido exponencialmente y me persigue allá donde vaya, es mi perdición.

Frustrada, me muerdo el labio inferior.

Marta chasquea la lengua con disgusto ante mi silencio y me tira de la barbilla.

—No hagas eso, me pones nerviosa, tía —murmura preocupada.

—¿Y si se ha vuelto también gay? —dice de repente Laura. Tanto Marta como yo nos giramos y la miramos anonadadas. Ella enrojece hasta la raíz del pelo.

Siento que voy a vomitar.

—¿Hablas en serio? —pregunta Marta con una expresión incrédula y cerca del enfado.

—Lo siento, Beca, no quería decir eso. —Laura hace una pausa. Parece abochornada—. Tal vez es otra cosa y solo está estresado por el trabajo. Ya sabéis... —dice, y dobla el dedo índice hacia abajo de forma muy concreta.

Marta rompe a reír a carcajadas.

—No, cariño, no sabemos. Esa es la excusa que te dan a ti los tíos cuando ya quieren librarse de ti. Igual que el dolor de cabeza que les da a las tías. Es la excusa más vieja del mundo —se mofa.

—¡Qué pasa, Marta! ¿Es que te molesta todo lo que digo?

—No te enfades, tía. Solo que me parece que no ayudas a Beca con tus suposiciones.

—¿Y tú la ayudas más? —inquieta Laura.

—Al menos no insinúo que el aparato de su chico podría sufrir una disfunción eréctil. Eso suena, ¡oh, maldita sea!, suena fatal —exclama Marta, y arruga la expresión de la cara al mismo tiempo que el cuerpo de ambas se estremece.

Resoplo.

—Por favor, chicas, bajad la voz las dos. Mi jefa está mirándonos —las reprendo con cariño y preocupación. La calefacción del bar se ha estropeado esta mañana y Rosa todavía no ha conseguido dar con alguien que nos la repare, así que no está precisamente de buen humor. Me obligo a sonreír—. No os preocupéis, estoy segura de que esto es solo pasajero.

Marta se aclara la garganta y Laura mira inquieta hacia las lámparas con estrellitas de papiroflexia que caen en vertical de distintas zonas del techo. Ninguna me dice nada.

Doy un pequeño sorbo a mi batido, aunque apenas consigo tragármelo. Las tres nos quedamos en silencio unos minutos.

—Quizá necesites ver un poquito de porno —sugiere Marta con mucha cautela. Me río y rechazo la idea con una mano, pero ella continúa más animada—, probar nuevas cosas en la relación... Tía, hay formas de estimular... —Marta nos pide que nos acerquemos a ella y le seguimos la corriente, y cuando nos explica lo que tiene en mente, me aparto de ella igual que si hubiera tocado una alambra eléctrica.

Mi silla cae hacia atrás en el proceso y me agacho para levantarla de nuevo.

—¿Te ayudo? —pregunta llena de diversión una voz ronca y con acento que reconozco de inmediato. Está demasiado cerca. Mi cuerpo se tensa como las cuerdas de una guitarra.

¡Madre mía! Todas las mariposas que existen en el mundo deben de haberse reunido en este mismo instante dentro de mí. Se me encoge el corazón y me quedo paralizada.

—¿Alex? —Su nombre me sale con un hilo de voz. Levanto muy despacio la cabeza y al hacerlo mi frente roza sus vaqueros desgastados y empuja su... gran entrepierna—. ¡Santo cielo! —Salto y me echo hacia atrás rápido, inconsciente de mis movimientos. Caigo sobre mis cuartos traseros y me llevo una mano al pecho. Estoy muy cerca de sufrir un paro cardíaco.

—¿Estás bien, Beca? —pregunta Alex, y se agacha a mi lado.

Está imponente, más incluso con las ropas manchadas de pintura, lo que me hace suponer que acaba de llegar de su estudio. Tomo nota de su pelo desgreñado, al que a pesar de sentarle de maravilla ya le hace falta un buen corte, y me fijo para distraerme en que una pequeña marca de óleo de un color verde intenso cruza su mejilla derecha, como si acabara de rodar una de las escenas de acción de *Rambo*. Debe de haber estado trabajando hasta hace muy poco, porque también percibo un sudor fresco en él en medio de toda la marea acrílica de aromas que desprende.

Arrebolada, bajo la vista. Tiene una de las rodillas apoyadas en el suelo y la otra pierna flexionada, lo que provoca que el pantalón se estire y marque más su...

¡Oh, Dios mío!

Me río, seguramente, demasiado alto.

—Es muy grande —digo sin pensar. Al darme cuenta de lo que he dicho en voz

alta, me tapo la boca—. Quería decir, yo... nada —concluyo de forma aparatosa y torpe, e intento incorporarme.

—Espera, Rebeca, te ayudo. —A pesar del tono suave de su voz, Alex hace que suene como una orden.

Su preocupación, más que aliviarme, me produce una alteración hormonal explosiva en mi interior que me deja temblando de los pies a la cabeza. El corazón me late desbocado y estoy sudando, aunque no hace nada de calor en la cafetería.

Me invade una sensación de desasosiego. Creía que sí, pero ya no puedo esconder por más tiempo mis propios sentimientos.

Noto que tanto Marta como Laura nos observan mientras hacen esfuerzos irrisorios por contener la risa.

—¡No, Alex! Es... estoy. Estoy bien —tartamudeo. A pesar de todo, Alex me ofrece una mano y yo me quedo quieta.

Él se mira la palma y enseguida la limpia en uno de los costados. Aprovecho esta distracción para ponerme en pie tan rápido como soy capaz.

—Lo siento, musa, debería haberme dado una ducha antes, pero no quería perder tiempo. —Los ojos le brillan de un modo intenso y sus hombros, ya de por sí anchos, parecen hoy más grandes. Está motivado, como si algo muy bueno le hubiera sucedido.

Se rasca por detrás de la cabeza y me hace sonreír verlo de pronto comportarse con timidez. No es algo habitual de ver y sí un espectáculo para la vista que decido guardar celosamente para mí.

—No te preocupes, Alex. ¿Ha ocurrido algo? —De repente, me quedo callada. No quiero decir nada sobre la vida privada de Alex delante de mis amigas. No es que no confíe en ellas, pero no creo que sea un derecho que me pertenezca el hacerlo.

—Tengo buenas noticias —responde escueto. Entonces esboza esa sonrisa de chulo que me provoca unas ganas de abofetearlo tan intensas como de besarlo.

Justo en ese instante, escucho que alguien se aclara la garganta a mi derecha y me giro hacia mis amigas. Marta y Laura no paran de hacer gestos con la cabeza y las manos, pero todos ellos son tan enrevesados que no logro comprender lo que intentan decirme.

—¿Qué os pasa a vosotras? —pregunto al fin. Marta me tira una servilleta, frustrada.

Lo siguiente que ocurre es que Alex se quita la camisa gris y negra que lleva puesta y me la ata alrededor de la cintura, por encima de los pantalones. Antes de que pueda decir nada o moverme, rodea con un brazo mi espalda y me atrae de un modo suave hacia él. Me parece ver pequeños puntos de luz blanca en mi visión.

En cuanto me recupero, trato de desatarme el nudo de la prenda, pero no por mucho rato.

—No te la quites —ordena Alex tajante. Menea la cabeza, y parte del pelo oscuro azota su semblante taciturno por la frente. Parece que le cuesta hablar, y eso me

sorprende—. Vamos, Rebeca —me apresura muy firme y tira de mí hacia delante.

—Espera, ¿qué ocurre? —pregunto todavía más confusa.

Giro por un momento la cabeza hacia Marta, y esta vocaliza la palabra «regla».

«¡Oh, Dios mío! ¡Trágame tierra!», pienso demasiado avergonzada mientras Alex me conduce hasta los vestuarios. Nada más llegar, apenas me doy cuenta de que Rosa ha pintado las paredes de toda la sala con una tonalidad gris claro, ni de que Alex en lugar de marcharse se queda allí como si fuera mi guardaespaldas. Solo me importa una cosa: huir lo más lejos de todos y todo.

Voy directa a por la mochila que guardo en mi taquilla y me encierro en el baño. No me percató de que algo se me cae al suelo en todo ese proceso.

Cuando ya me he limpiado y descubro que no tengo ni un solo tampón, comprendo entonces qué he dejado atrás.

«¡Oh, Dios mío! Ahora no...», maldigo para mí.

—¡Eh! ¿Sigues viva, Beca? —me llama Alex, inquieto y en tono grave desde el otro lado de la puerta. Esto hace que pierda cuatro puntos de calma que ya me hacían falta.

Trago saliva.

Me retumban los latidos del corazón en los oídos al decir:

—Estoy bien, Alex, pero... ¿podrías hacerme un favor?

—Por tu tono de voz intuyo que se trata de algo que no me va a gustar, ¿me equivoco?

Respiro fuerte y dejo pasar unos segundos. No me gusta ese tono de listillo, siento que trama algo.

—¿Rebeca?

—¿Has visto algo en el suelo? —pregunto titubeante.

—Eh..., ¿tiene forma de misil, parecido a las bolsitas de infusión de las que sale una cuerda?

—¡Sí! —digo en alto sin pensar.

—Tal vez... —responde Alex con fingido desinterés—. ¿Lo necesitas?

Escucho un pequeño golpe en la puerta y me imagino a Alex apoyado de espaldas en ella con una sonrisa ladeada de libertino, mientras juega con algún objeto entre los dedos. Un objeto que me pertenece.

No puedo creer que haya sido capaz de sacarlo del precinto. El estómago se me revuelve de rabia e impotencia a partes iguales, estoy muy tentada a seguir encerrada lo que queda de día en aquel servicio.

Enfadada, abro de golpe la puerta y Alex sale disparado hacia delante, muy cerca del banco que hay en el centro de la habitación. Cuando recupera el equilibrio me observa con el entrecejo fruncido. Un sentimiento de culpabilidad me embarga el pecho, aunque solo un poco.

—Lo siento, no era mi intención, Alex. Por favor, dame el tampón —pido.

—Así no me convences, mi musa.

—¡Alex..., por favor! —digo desesperada.

—¿Qué tal si me concedes algo a cambio? —bromea, pero hay una nota de seriedad en su voz que me hace sentir intrigada.

Nunca he odiado y al mismo tiempo he necesitado tanto un objeto inanimado como ese tampón.

Capítulo 5

ALEX



Beca suspira, pero no estoy convencido de si es de impotencia o de alivio. Aguanto la risa. No debería cabrearla, no hasta haberle contado la noticia...

—Eres imposible, Alex —replica, y sacude la cabeza, con lo que su pelo color chocolate recogido en una coleta alta se agita.

Se me escapa una sonrisa de diversión, y esto provoca que me gane un resoplido de su parte.

—No presumas tanto, mi amor, no era un halago —especifica Beca.

Noto que desvía la vista hacia mis manos todavía manchadas de óleo verde rinmann azulado y violeta cobalto ya seco.

Intuyo que intenta averiguar dónde escondo esa cosa con forma de misil y cola que ha perdido.

—¿Entiendo entonces que no hay trato, pequeña? —insisto y a continuación palmeo con elocuencia un par de veces el bolsillo derecho de mi vaquero. Al instante, veo casi a cámara lenta cómo Beca se abalanza sobre mí, pero la freno con la palma de la mano extendida sobre uno de sus hombros igual que a un niño travieso—. Ni lo sueñes, nena. He sacrificado mi hombría al tocar esta cosa, y pienso hacer un buen uso de ella.

—¡Dios mío, Alex! ¿Para qué querrías un tampón? No lo necesitas.

—¿Quién sabe? Podría sacarme la cera de los oídos con eso, para empezar...

—Ni siquiera te entraría en las orejas —objeta Rebeca furiosa.

—O también podría usarlo para taponar una hemorragia nasal, como pincel, para hipnotizar al perro de mi madre... —continúo, incapaz de resistirme a fastidiarla un poco más.

—¡Para! ¡Eres terrible, Alex!

—Ya deberías saberlo, mi musa. Este mundo es un infierno para los débiles —digo, y me encojo de hombros.

Rebeca pestañea confusa por lo que acabo de decir, pero se recupera rápido. Frunce el ceño, claramente más que molesta.

—No soy débil, Alex, solo te dejo ganar. Hay una gran diferencia —puntualiza orgullosa y hunde un dedo índice en medio de mi pecho para remarcar sus palabras. La camiseta se me tensa alrededor y noto como un ligero escalofrío me recorre la

columna vertebral.

—No, no eres en absoluto débil, Rebeca.

He visto lo que ella es capaz de conseguir. Todo lo que ha hecho por su familia e incluso por mí. Alguien débil no hubiera podido llevar su misma carga a los hombros siendo tan joven. A pesar de ser dos años menor que yo, hace que siempre me olvide de ello, excepto en los pequeños instantes en que está relajada como hoy y pongo su paciencia al límite.

—No, no lo soy, Alex —concede con el mentón levantado, satisfecha.

Hablar sobre Rebeca hace que de pronto note cuán próxima está, y sobre todo que solo nosotros dos estamos en los vestuarios, con las taquillas como única compañía. Oigo el sonido que llega del bar atenuado por las paredes igual que una melodía vieja e intuyo por varios ruidos más fuertes que alguien debe de estar en la cocina, ubicada a la derecha de los vestuarios, lavando los cacharros sucios.

De forma gradual y sin proponérselo, Rebeca y yo nos acercamos cada vez más el uno al otro, atraídos como estrellas que antes estaban perdidas en el firmamento y han encontrado su luz.

Doy un concienzudo repaso de arriba abajo a su cuerpo sin disimular mi deseo por ella, porque quiero que lo sienta no solo con mis palabras, sino también con todos los sentidos. Y contemplo aquellos ojos enormes y expresivos, su boca ligeramente entreabierta como si acabase de escapársele un suspiro, su blusa de color rosa pálido algo desabotonada en el cuello, sus pechos alzados no demasiado grandes ni demasiado pequeños que tensan su camisa, su vientre plano, sus hermosas caderas... hasta detenerme en el punto donde me toca con su mano, y por el que se propaga una agradable sensación de calor.

Abstraído, juego con mi *piercing* en la lengua y, a continuación, me echo hacia delante y hago que el dedo de Rebeca se clave todavía más profundo por encima de mi abdomen. Mis músculos se tensan, pero disfruto de ese pequeño dolor.

—¡Alex!

Los labios de Rebeca se entreabren dibujando un pequeño grito ahogado, y hace el ademán de retroceder, pero la tomo por la muñeca antes de que se separe por completo.

Joder... Está preciosa con aquellas nubes casi rojas como un atardecer de verano bajo sus ojos.

Pestañea, y me obligo a tragar el nudo de pasión que tengo en la garganta.

—¡Eh! Eres más fuerte de lo que crees, Beca, y necesitas escucharlo de los demás más a menudo, porque incluso si dices que lo sabes con aquella cara tan seria... ¡Mierda! No eres consciente aún de cuánto —digo.

Le guiño un ojo, guasón.

Rebeca me lanza una de esas miraditas que me hacen sentir como si hubiera sido pillado haciendo algo malo y que últimamente se han vuelto frecuentes. La observo con mayor curiosidad.

—Está bien —cede abatida antes de que pueda terminar de encajar aquella extraña mirada—, ¿qué quieres, Alex?

Se peina con la mano libre unos mechones de pelo suelto de la coleta hacia un lado, por detrás de la oreja. Sigo el movimiento con ojos sedientos, igual que un lobo hambriento al acecho, y olvido incluso esa molesta sensación de que algo va mal entre nosotros.

Estoy excitado, y en estos momentos solo puedo pensar en ella y en nada más.

—Quiero... —no termino de hablar. La atraigo hacia mí en un arrebato egoísta, y luego me inclino sobre su mejilla izquierda. Con la otra mano suelto todo su cabello por los hombros, porque quiero verlo en libertad y rodearme de su fragancia—. ¿Qué crees que quiero, Rebeca?

Respiro profundo, como un adicto a la droga que tiene ante sí el producto de mayor calidad del mercado. Durante unos segundos me pierdo en el increíble aroma dulce a miel y rosas que emana su piel. Antes de darme cuenta, he pegado mi boca cerca de la comisura de sus labios. Escucho que Rebeca suelta un gemido de sorpresa.

Mierda..., ese ruido me pone duro al instante. Ella me afecta demasiado y yo no estoy hecho de piedra.

—Alex... —La palabra suena casi erótica a través de sus labios, como un jodido encendedor que me prende fuego dentro—. No juegues conmigo y dame lo que te he pedido, por favor.

Se me entrecorta la respiración, y los putos sentidos se me confunden. Su piel está tibia y suave como porcelana cara. Se me escapa un gruñido. Me he dejado llevar demasiado por este juego, pero quería sentirla en mi boca y todavía ardo en deseos de hacerlo.

—Está bien. Lo primero es lo primero —digo despacio y me aparto. Sonrío.

El esfuerzo me supone una gran voluntad que de algún modo consigo sacar de donde no tengo.

Le doy a Rebeca el pequeño tubo precintado con un plástico delgado de color azul prusia. Ella lo mira sorprendida entre sus dedos y comprueba que no lo he abierto, luego enrojece y, al final, vuelve a encerrarse en el baño. Al cabo de unos cinco minutos aparece de nuevo, vestida con unos vaqueros negros y rotos estratégicamente que le sientan mejor que a cualquiera de esas despampanantes modelos de Victoria's Secret.

¡Dios! No puedo apartar mis ojos de ella. Sin embargo, Rebeca pasa por mi lado como si no estuviera allí mirándola embobado, con un sexy y natural balanceo de caderas, y se detiene en la taquilla abierta para guardar de nuevo sus cosas.

Velázquez, Picasso o Monet ya habrían extendido sus lienzos más caros bajo sus pies solo por verla caminar de ese modo un rato más.

—Estás preciosa. —Las palabras salen de mi boca antes de que pueda detenerlas. En cambio, los segundos pasan y ella no reacciona. No sé si no es consciente de lo

mucho que eso me provoca o si en realidad quiere castigarme.

¿En qué momento aprendió a actuar de este modo?

—Gracias..., Alex, ¿cuáles eran las buenas noticias? ¿Tienen que ver con lo que quieres pedirme? —inquire dándome la espalda todavía, lo que me permite apreciar mejor su bonito trasero en forma de pera.

Se me escapa un silbido. Está jugando fuerte.

Intento concentrarme en lo que me ha preguntado. ¿Noticias? ¿Qué noticias? Estas vistas son mil veces mejores, lo otro puede esperar.

—Hum... Todavía no. Antes tenemos que ir a un sitio —revelo a medias, distraído—. ¿Estás lista?

Rebeca no responde. En su lugar, se gira con un paquete de toallitas húmedas en las manos. Saca una de ellas del envase, que coloca en el banco de madera que hay por detrás de ambos, y la lleva hasta mi cara. La detengo por el brazo.

—Espera, Beca, ¿qué haces?

Antes debo asegurarme de que esto no es otro modo de castigarme.

—Tienes pintura en la cara, y pareces más un soldado que regresa de la guerra que un pintor —explica. A continuación, se suelta y comienza a restregar el pañuelo, que huele a bebé, por una de mis mejillas, primero suave y después con un poco más de dureza. Se detiene un momento para sacar otra toallita más y continúa más fuerte por el otro lado de la cara.

—¡Eh! ¿Tan mugriento estoy? —pregunto.

—No. En realidad, solo busco la excusa más tonta del mundo para tocar a mi novio sexy y sucio.

Las carcajadas me suben del estómago con fuerza y me retumban en la garganta.

—Estate, quieto. Eres demasiado alto.

Siento casi con dolor la manera en la que todas las curvas de su pequeño cuerpo encajan con el mío a la perfección. Beca se coloca de puntillas y sus pechos me acarician con una leve fricción el torso. Aguanto el aire en los pulmones y aprieto la mandíbula.

—¿No te arrepientes, Alex? —la oigo preguntar de pronto.

Los vestuarios parecen hacerse todavía más estrechos de lo que son cuando se queda completamente quieta. ¡Dios se apiade de mí!

—¿Cómo? —digo por decir cualquier cosa decente que no tenga que ver con lo duro que estoy, y lo mucho que envidio ese tampón que lleva entre aquellos dos hermosos muslos ahora mismo. Yo también quiero jugar a inventar excusas para tocarla.

¿Qué diantres? Necesito un buen polvo ya, y se acabó lo de ser un caballero. Me estoy convirtiendo en un enclenque. Me pregunto cómo fui tan idiota para seguir los estúpidos consejos de Mick sobre las mujeres y la manera de hacerlas sentirse seguras hace unas semanas. Él está todavía más chiflado que yo, más que Van Gogh en sus peores momentos. Ni siquiera está casado. Ha sido una tontería hacerme pasar por el

chico bueno que en realidad no soy, eso no me pega y empiezo a pensar que solo he conseguido alejar más a Rebeca.

Solo quiero que ella confíe en mí y viva conmigo.

Oigo como Beca se aclara la garganta para llamar mi atención.

—Perdón, no he escuchado lo que acabas de decir —reconozco.

Beca me sacude el pañuelo sucio en la cara y apenas logro esquivarlo.

—Comentaba lo que sucedió en casa de tus tíos en Londres, Alex —explica Rebeca con paciencia igual que si tratara con un niño pequeño. Siento en ese momento como si acabara de hundir su propio puño en mi estómago con todas sus fuerzas, y todas las imágenes no aptas para menores que tenía en la cabeza con Rebeca se esfuman de golpe. Ella, en cambio, malinterpreta mi silencio y continúa hablando—. Perdiste la oportunidad de decir a tu familia que eres Eduardo.

De inmediato, mis neuronas despiertan y toman el mando, lo cual no es nada agradable. ¡Adiós, burbuja de la felicidad!

—¡Eh, musa! ¿No podemos hablar de eso en otro momento?

—La vida es una prueba, Alex, no es algo que puedas evitar huyendo incluso si lo intentas —insiste, y noto como su voz le llega desde el centro del corazón. Esta vez no está dispuesta a dejarlo pasar y quiere que lo entienda. Una parte de mí se contagia por toda la pasión que veo reflejada en su rostro. Solo ella es capaz de que abra los ojos y me dé cuenta de que también debo solucionar mi vida para seguir a su lado.

«Un cuerpo necesita un alma, y yo te he conseguido a ti, Rebeca», pienso.

—Está bien, está bien. Entiendo a dónde quieres llegar, Beca. Buscaré un buen momento —prometo, y la miro con intensidad. Entonces, ella agacha la cabeza—. ¿Qué ocurre ahora, nena? ¿Por qué lloras?

Soy un completo capullo, ¡maldita sea! Tomo su barbilla y la obligo a mirarme de nuevo. Tiene los ojos enrojecidos y húmedos. Esto no me gusta, no me gusta ni un poco. Ahora, ¿qué narices hago?

—Al ayudar a mi padre has perjudicado a tu familia, y también tú te haces daño al ponerles en tu contra. No quiero eso para ti. —Su voz se pierde a medida que habla—. A veces nuestros enemigos no dan miedo por ser malos, sino porque son personas importantes para nosotros, Alex. —Noto como una de sus lágrimas se desliza sobre mis dedos. Cada pequeña gota que cuento en su rostro ovalado me provoca lo mismo que si mil cristales me desgarraran por dentro.

Le enjugo las lágrimas con los pulgares, y suavizo mi voz.

—Si desde el principio no tuviera la determinación de llegar hasta el final, nunca hubiera empezado nada, Beca.

Su expresión decae, lo que me pone nervioso y me preocupa. No sé qué otra cosa hacer para confortarla.

De repente, Rebeca me agarra de la camiseta con los puños cerrados, como si quisiera apartarme y al mismo tiempo estrecharme con más fuerza.

—¿Estás seguro? —pregunta. Está tan frágil entre mis brazos... y, sobre todo,

muy adorable.

Mientras el aire todavía entra precipitado en mis pulmones, cubro su boca con la mía a modo de respuesta. Quiero borrar todos aquellos oscuros y molestos pensamientos de su cabeza, y también poner todos mis fantasmas en paz.

—Completamente, Beca —murmuro sobre su rostro antes de volver a besarla.

El beso se convierte en fiero, apremiante y lleno de mi propia pasión contenida durante todos estos tediosos días. Mantenerme controlado ha sido un infierno para mí, y si bien sus labios siguen siendo los mismos, no puedo evitar pensar que son lo mejor que he probado en toda mi maldita existencia.

Escucho como su garganta produce un débil ruido de placer. Gruño, y la abrazo más fuerte contra mi cuerpo. No sé cómo no me he dado cuenta hasta ahora de lo mucho que necesitaba esto. Rebeca enreda sus manos en mi cabello al mismo tiempo.

Nuestros corazones conectan en un ritmo desenfrenado, con una pelea de sentimientos en medio de ambos.

Poco a poco, me separo de ella, pero todavía no suelto su cara de entre mis manos. Con un pulgar a cada extremo de su boca, dibujo una sonrisa en su bello rostro de ángel. Estamos balanceándonos, y solo nos dejamos llevar, tratando de no ahogarnos en toda esta marea incontrolada.

—¡Eh, mi musa! No quiero que dejes de sonreír nunca. Hay quienes viven en tu sonrisa.

Eso la hace reír.

—¿Como tú?

—Como yo —asiento.

De pronto su expresión facial se torna severa de nuevo.

—No sé si fue mi madre u otra persona quien te habló de la relación de mi padre con tu familia, o cómo lo descubriste todo. Eso no me importa en estos momentos, Alex, es agua pasada, pero... prométeme que pase lo que pase no volveremos a hacer algo como ocultarnos cosas. Esta tiene que ser la última vez. Sé que tus intenciones eran buenas para mí, pero no quiero seguir siendo desplazada a un lado y ser la última en enterarme de lo que ocurre.

—Rebeca...

—No voy a interponerme en tus decisiones, pero quiero que me hagas partícipe de ellas. —Hace una pausa y me cuesta mantenerle la mirada—. Por favor, Alex.

Miro más allá de ella, a los azulejos blancos del baño. Hay uno roto y más abajo alguien ha pintado una grosería con rotulador permanente. No creo que haya sido Beca, así que seguramente fue un recuerdo que dejó Elisa mientras trabajaba en La Abuelita.

Respiro profundo. En mi interior se libra una dura batalla. Todavía hay secretos que no puedo revelarles a Rebeca, aunque eso es lo que más deseo. Sería fácil caer en la tentación y sé que me entendería, pero ella no sabe de lo que es capaz de hacer mi familia, no ha visto ni oído lo mismo que yo. Si está en mis manos, quiero mantenerla

apartada de cualquier riesgo innecesario, aun si eso significa...

¡Maldita sea! No quiero seguir rayado.

—Por favor... —suplica Beca.

Su voz es tan queda como un suspiro, y los ojos grandes de gacela son más de lo que puedo soportar. El pulso se me acelera. Siento la imperiosa necesidad de romper algo.

—Alex...

—Joder... —Me quedo callado un instante—. Lo intentaré, es todo cuanto puedo prometerte por ahora, Rebeca —accedo a regañadientes, y ella me premia con un rápido beso con sabor a pistacho en la boca.

Antes de que pueda reaccionar, Rebeca se da la vuelta y termina de recoger sus cosas en un bolso abultado de tela con largas asas y sin cremallera, que se cuelga sobre uno de los hombros. Yo vuelvo a ponerme mi camisa, tres veces más arrugada..., mientras la contemplo.

Aún no sé si esta promesa ha sido una buena elección. Siento que he sido manipulado por mi dulce ángel.

Un mensaje entra justo en ese momento en la bandeja mi móvil. Echo un vistazo rápido y veo que se trata de un número que no reconoce mi agenda, aunque no es necesario.

«Tenemos que vernos, estoy en Madrid. H.»

Un gusto agrio me llena el paladar. La rabia se me acumula en el estómago como algo que no he terminado de digerir bien, y que me sienta de mil patadas.

Me temo que alguien muy cercano a mí ha comenzado a esparcir sus hilos para atraparme en su telaraña.

Apago el teléfono...

Capítulo 6

BECA



Por el rabillo del ojo veo que Alex desconecta el móvil después de mirar la pantalla. Tiene el ceño tan fruncido que podría pillárselo con una pinza. Lástima que no tenga ninguna a mano, sería divertido intentarlo y ver una expresión de sorpresa que para variar no sea la mía.

—¿Quién es? —pregunto. Estoy muerta de curiosidad por saber qué es lo que le ha dejado tan afectado. ¿Es que sus padres han pretendido contactar con él otra vez? Sé que no han dejado de hacerle llamadas para que regrese a casa desde que volvimos a Madrid, pero él se ha instalado de nuevo en la residencia con Carlos.

«Solo durante unas semanas», ha prometido.

Procuro combatir todas las posibilidades que se me pasan por la cabeza.

—Publicidad —responde Alex despreocupado.

Incrédula y casi enfadada, me coloco con los brazos en jarras sobre la cintura y levanto una ceja, interrogante, para dejarle bien claro lo que pienso sobre su pobre explicación.

¿Cómo puede mentir de un modo tan fácil sin inmutarse un poco? No hay ni una sola microexpresión, no se toca la nariz ni se cubre la boca, tampoco evita el contacto visual, ni balbucea, y sus respuestas siempre son tan cortas que es difícil que eso ocurra. Su fachada es intachable. Si no fuera por mi fuerte intuición fomentada por las gamberradas de mis hermanos más pequeños, y las numerosas veces que he visto a Alex actuar de la misma manera, ya le hubiera creído.

Alex suspira.

—Solo es Hugh.

Suelto todo el aliento que estaba conteniendo.

—¿Hugh? —Me quedo desconcertada.

Trato de hacer memoria de dónde he escuchado antes ese nombre, sin lograr resultado alguno.

—¿Ya no te acuerdas de «cara de rata»? —dice Alex sorprendido.

Me froto la frente con un dedo a la vez que intento recordar. Cierro los ojos y me concentro más. Lo tengo casi en la punta de la lengua. Casi...

¡Dios mío! Odio esta sensación de saber algo que no recuerdo en absoluto. Como cuando buscas tus pantalones favoritos: estás segura de que sabes que los tienes, pero

no recuerdas dónde los dejaste. Sin embargo, pasa un tiempo y terminas encontrándolos en ese lugar tan a la vista y en el que por increíble que parezca nunca te molestaste en mirar. Entonces piensas: ¡Era tan fácil!

—¿En serio? —Alex agacha la cabeza y me observa como si no diera crédito a mi confusión.

Frustrada, me sujeto el labio inferior con los dientes superiores, y lo mordisqueo. Un sudor frío e incómodo se me asienta entre los omóplatos. Es obvio que Alex espera que lo recuerde.

Nada, absolutamente nada. Estoy en blanco.

—¡Eh, mi musa! —dice, y me da unos suaves golpecitos en la punta de la nariz con el dedo índice—. ¿Intentas que crea que aquel día estabas tan borracha que ni siquiera te acuerdas de que llamaste a Hugh «cara de rata»? —Hace una pausa y una sonrisa le ladea la boca—. ... ¿O solo tienes ganas de ir al váter?

No hago caso de su comentario. En cambio, me cubro la boca y abro mucho los ojos.

—¡Ay! ¡Madre mía! ¿Ese Hugh? ¿El agente de arte? ¿Hugh? —Pierdo rápido el calor del cuerpo y un escalofrío me recorre toda la espina dorsal. El corazón me late violentamente, a punto de salirseme del pecho, y la cabeza me da vueltas.

Alex me observa de forma atenta mientras mi mente se convierte en un cúmulo de recuerdos sobre Londres.

¡Santo cielo!

Me emborraché con Elisa, casi soy aplastada por el cuadro de la chica de los batidos delante de todos los invitados de la inauguración de Alex, insulté a voces a aquel agente como una loca recién salida del psiquiátrico, y estuve cantando letras obscenas mientras Alex cargaba conmigo sobre la espalda en el camino de regreso al hotel. Y eso es solo lo que recuerdo...

Me gusta creer que no reflexiono mucho, que también soy directa y alguna vez actúo sin pensar en las consecuencias, pero eso no es cierto. Esa imagen de mí solo es un reflejo de lo que desearía tener el valor de ser la mayoría de las veces. ¿Hay más chicas como yo? La única vez que he actuado así de desinhibida fue gracias al alcohol, y supongo que eso no cuenta; de hecho, hubiera preferido no tener que volver a revivir en mi mente esa parte de mi vida.

—Veo que ya lo recuerdas —oigo decir a Alex con sorna, lo que me hace retornar a la realidad.

Me abre la puerta para que salga primero al pasillo. Me ajusto el bolso al hombro y lo miro un momento antes de cruzar por debajo del marco envejecido de la puerta, al que ya le hace falta una buena capa de pintura. Alex me empuja con suavidad para que no me detenga, supongo que porque ya nos hemos retrasado demasiado.

Creo que dijo que teníamos que ir a un sitio... La intriga vuelve a llenar mi mente de dudas.

Según caminamos en silencio por el pasillo de acceso abierto solo para

empleados, me fijo en que Alex exhibe una expresión reflexiva en la cara cuando cree que no lo observo. Algo ha cambiado tras nuestra conversación de hoy, aunque no sabría muy bien decir el qué, pero se lo noto en la mirada. Parece ausente, o... alicaído, ¿o tal vez solo está agotado? Apenas ha parado de trabajar en la discoteca, como si quisiera dejarse la piel en ello, y ha acudido a más reuniones de las que pueda imaginar con todos los posibles compradores de sus cuadros durante estos días, pero también podría ser una mezcla de todo.

Me inquieta su repentina necesidad de ganar dinero rápido como sea, y me preocupa que eso tenga que ver con que vaya a cometer una locura mayor.

Últimamente, cada vez son más las veces en las que Alex sube esa persiana con la que trata de mantenerse en la oscuridad, y me recompensa con una pequeña visión del chico al que deseo proteger con todas mis fuerzas. Eso significa que se siente cómodo conmigo, pero también por esa misma razón puedo notar con mayor intensidad su caos interior..., y me sabe mal por él. Será difícil ayudarlo si no consigo que me abra por completo su corazón.

—¿Y qué quiere de ti, Hugh? —pregunto decidida a no dejar caer el tema en el olvido—. ¿Crees que descubrió quién eras en la inauguración y ahora quiere utilizar esa información para chantajearte y así volver a ser tu agente? —Me alarmo.

Alex para de caminar, lo que le deja un paso por detrás de mí, y me observa fijamente, como si tratase de averiguar hasta qué punto conozco toda la historia.

¡Madre mía! Temo que he cruzado demasiado lejos la línea. Todo lo que sé sobre Hugh lo deduje de mi dudosa conversación con su tía, y lo poco que él mismo me reveló en el aeropuerto mientras esperábamos a Mick:

«... esa misma persona fue el agente de mi hermano.»

Alex arquea una de sus cejas y un torrente de coraje enciende mis mejillas porque me sentiría fatal si intentase desviar la conversación de nuevo, pero no lo hace.

Me aclaro la garganta para liberar tensión, o quizá porque siento alivio.

—No estoy seguro —reconoce con sinceridad—. No he contestado a ninguna de sus llamadas, ni a ninguno de sus mensajes todavía. —Noto que hace girar uno de los brazos y después estira y encoge la mano con un gesto de dolor, cuando estamos a punto de abrir la puerta para salir al bar—. Está en Madrid y quiere hablar conmigo —informa—. Mierda... —gruñe de pronto.

Le observo preocupada. No accedió a hacerse en el hospital las pruebas, como le rogaron sus padres, y no ha habido forma de convencerlo. Después de todo, ya no había vuelto a quejarse de su mano y tampoco se ha enfermado durante las vacaciones de verano.

Él insiste en que está tan saludable como un roble.

—¿Qué sucede? ¿Te duele el brazo? —inquiero demasiado intranquila como para mantenerme callada. Me paro en seco y vuelvo a cerrar la puerta, que había comenzado a abrir.

Alex esboza una mueca de dolor y después aprieta los ojos con fuerza. Entonces

se dobla en dos por el estómago al mismo tiempo que se coge del codo. Sus rodillas dan con el suelo de terrazo gris de golpe. Solo la prudencia consigue que no pegue un grito de alarma; sin embargo, al corazón no se le puede obligar: se me encoge ahogado dentro del pecho. Creo que estoy cerca de amarrar a Alex a mis hombros y llevarlo yo misma al hospital si se resiste otra vez a hacerse las pruebas.

—¡Alex, Alex! ¿Qué te pasa? —pregunto apresurada mientras me agacho junto a él y palpo sus brazos y su cara. Me quito el pesado bolso y lo tiro al suelo casi sin pensarlo—. Di algo, por favor.

Alex gruñe de nuevo y noto que toda su cara empalidece. Sacude la cabeza y los mechones de pelo oscuro le cubren las facciones al contraerse en sí mismo, lo que impide que pueda verle por más tiempo el rostro.

«¡Oh, Dios mío!», me aterro.

—Todavía me duele la espalda... de... cargar contigo... borracha aquella noche, Rebeca —contesta despacio y tan dolorido que no me doy cuenta de lo que está pasando en realidad hasta que levanta la cabeza, y entonces me encuentro su sonrisa perversa y arrogante. El hoyuelo en su mejilla se acentúa y siento como mi boca se abre formando un grito ahogado—. Creo que me debes un masaje, uno caliente y pringoso —bromea.

«¡Lo mato!», pienso muy cabreada.

Uno...

Dos...

Tres.

—Te mato, Alex —digo en voz alta y comienzo a golpearlo por todas partes. Él se retuerce entre risas, como el diablo que es, y deja que desahogue toda mi rabia sobre su cuerpo—. No vuelvas a engañarme de ese modo o haré que te duela de verdad —juro camino del enfado y la preocupación.

—¡Eh! ¡Venga! Solo era una pequeña broma, Rebeca. Parecías demasiado seria —se justifica.

Exhalo una sonora bocanada de aire y pienso que si lo parecía era porque lo estaba. Estoy preocupada por él.

—No me hables en un rato, Alex. En estos momentos estoy altamente cabreada y podría incluso morderte —le advierto.

—Beca —me llama inquieto.

En mi vida he estado tan molesta como ahora, cuando he creído en serio que Alex iba a perder la conciencia de nuevo. No consigo olvidar aquellas largas horas que pasé con él tendido en la cama de un hospital, sin entender qué había provocado que Alex se desmayase en medio de la calle.

Fue una odisea tener que llamar a su madre, con la que nunca había hablado antes, porque yo era incapaz de hacer nada. Así que bromear con su vida no es algo que él debería hacer, porque... porque lo quiero y también...

¡Dios mío! También lo amo.

Capítulo 7

BECA



«No, debo odiarle para que entienda lo horrible que ha sido», me obligo a pensar.

Sin mirar hacia atrás, recojo mi bolso, abro la puerta y salgo dando zancadas furiosas hacia la barra. Pero antes me aseguro de que él reciba un buen golpe de la puerta en las narices.

—¡Oh, mierda! Espera, Beca —escucho que dice en cuanto se recupera. Le está bien empleado.

—No me sigas, Alex.

—No te sigo, solo camino en la misma dirección —replica.

Para dejar clara su mentira, rodeo una mesa y él también, e igual ocurre con la siguiente, la siguiente y todas las demás.

Está claro que solo quiere sacarme de quicio con esa carita tan inocente, sexy y...

Todos mis pensamientos desaparecen en el momento en que siento la mirada de mi jefa en la nuca. Le hago una señal de disculpa y ella suspira, pero por suerte no parece enfadada.

Freno de un modo brusco justo enfrente de la mesa redonda donde se encuentran todavía sentadas Laura y Marta, pero Alex no se detiene. Su cuerpo impacta sin previo aviso contra mi espalda, y todas las formas de su parte superior e inferior encuentran la manera de encajar con el mío de mil y una maneras vergonzosas.

No puedo más...

—Por nosotras no os cortéis, señor y señora Smith. Solo que, ¿podríais levantar un poco más la voz? Las mesas tres y cuarto del fondo no os han oído del todo bien.

—Es Marta la que ha hablado.

De pronto se levanta y nos planta una servilleta a cada uno en el pecho.

—¿Para qué es esto? —inquiero sin comprender.

—Si va a haber sangre, mejor tomad precauciones —replica.

Noto como mi propia sangre me sube a la cara todavía más.

En ese justo momento, Marta se pasa la mano por su melena para echársela sobre un solo hombro como hacía siempre, cuando entonces se da cuenta de que ya no lo lleva largo. Rápidamente, oculta una mueca de arrepentimiento y yo sigo hablando para distraerla.

—No estamos peleando, solo discutimos en voz alta. ¿Verdad, Alex? —digo.

Acaba de colocarse a mi lado, pero él se queda callado mientras se frota la nariz de forma intencionada.

Le pego un empujoncito, pero ni se inmuta. Es como un torreón inalcanzable e inamovible.

Marta mira en mi dirección con una ceja levantada, y entonces se vuelve irritada hacia Alex, que se suena los mocos con su servilleta, después hace una pelota con ella y se la devuelve a Marta. Esta deja caer el papel sucio con una mueca de asco.

—No, no discutís. ¡Miraos! —Marta hace una pausa teatral—. Lo vuestro se llama trauma postsequía —espetá—. Pero no os preocupéis, eso tiene fácil arreglo y se llama echar un buen...

—¿Por qué no nos sentamos primero en la mesa y tratamos de relajarnos un poco? —interrumpe Laura antes de que Marta termine de hablar y suelte alguna barbaridad de las suyas.

En estos momentos agradezco la pacífica intervención de Laura. Aunque eso no arregla nada entre Alex y yo, me hace sentir un poco mejor tenerla también como amiga cuando Marta se desata.

—Creo que... —comienzo a decir.

De pronto, Alex me pasa un brazo por los hombros y me acerca a él, de modo que todo mi perfil izquierdo termina pegado a su torso duro y bien distribuido. Un nudo se forma en mi garganta y no puedo continuar hablando.

Ahora soy hiperconsciente de los sólidos músculos del brazo de Alex contra la zona de piel desnuda de detrás de mi cuello que no cubre la blusa rosa. Puesto que él parece delgado y siempre es cuidadoso conmigo, a veces olvido lo fuerte que es hasta que le veo sin sus camisas holgadas o demuestra todo su potencial. Cargar con aquellos enormes cuadros de un lado para otro y jugar al baloncesto con sus amigos lo mantiene en buena forma, si bien ya no practica deportes de riesgo con Carlos como hacía antes de conocerme.

Se me disparan las hormonas, y me odio por ello. No debería desearlo tanto en estos instantes.

—En otro momento, chicas. —Alex me mira con intensidad a los ojos, como si pudiera leer mis pensamientos, y después a los labios. Se me seca la boca—. ¿Os importa cederme a Rebeca solo por hoy? Ella y yo tenemos que hablar de un asunto importante de pareja —añade lanzando una clara insinuación, y se dirige a mis amigas con una sonrisa increíble. Estas lo miran con cara de cómplices y niegan de manera cómica al unísono.

Me remuevo a punto de negarme, pero Alex baja la mano desde mi hombro hasta el punto medio de mi espalda, donde se encuentra el cierre de mi sujetador de encaje, y me detengo.

No puedo creer que me esté amenazando con hacer lo que creo que tiene en mente.

—Gracias, chicas. Pago por esta ronda —añade Alex con un guiño juguetón y

señala los batidos y los *cupcakes* que hay sobre la mesa, donde hace tan solo un rato estábamos sentadas las tres hablando de cómo conseguir llevar a la cama a mi novio...

Después de todo este tiempo juntos, al final incluso Marta es incapaz de luchar contra el enorme carisma Kirov..., sobre todo si hay una merienda gratis de por medio.

—Espe...

¡Chas! No termino de hablar.

¡Madre mía! Alex acaba de abrirme el cierre del sujetador, pero todavía lo retiene entre sus dedos. Sé lo que eso significa, si hago cualquier movimiento en falso o me niego...

La rabia, seguida de sentimientos de ansiedad y finalmente de impotencia, se instala en mi pecho. Entonces se me ocurre algo...

—Ya es demasiado tarde, ¿por qué no os quedáis también a cenar? Pedid lo que queráis y apuntadlo a la cuenta de Alex, estoy segura de que no le importará, ¿verdad, amor?

Alex fuerza una sonrisa y juega con el cierre de mi sujetador unos segundos antes de responder. Me obligo a sostener aquella crispante mirada azul y curvo mis labios en una imitación perfecta de los suyos en este instante.

—No, claro que no, nena.

Sabe que odio que me llame así, pero me parece un precio justo a pagar por mi pequeña victoria.

Después de aquello, ambos nos despedimos y salimos a la calle tan tensos como dos robots. Pero en seguida vuelvo a pararme en seco cuando descubro fascinada el increíble coche de cuatro puertas que hay aparcado delante, y que llama la atención incluso de los transeúntes que pasean por la acera de enfrente. Debe de ser nuevo, porque la pintura brilla como brea caliente.

¡Dios, mío! No es para menos, parece que lo hayan traído del rodaje de una de las películas de James Bond.

—¿Te gusta? —pregunta Alex demasiado cerca. Me giro y me topo con sus ojos llenos de satisfacción masculina clavados en los míos. Eso ha sido un golpe bajo—. Es un Aston Martin V12 Vantage negro de fabricación inglesa. Tiene una velocidad máxima de 325 kilómetros por hora y acelera de 0 a 100 kilómetros por hora en 4,2 segundos. Deberías ver cómo canta su motor. ¡Es la hostia! Música celestial, nena —continúa orgulloso al ver que no lo paro.

—¿Es tuyo? —Las palabras han salido de mi boca antes de que pudiera detenerlas.

—Sí. —El modo en que confirma mis sospechas me hace recelar.

Arqueo una ceja.

—¿Cómo...? —Mi voz se queda en un susurro.

Alex tira de mí con suavidad hacia delante, y me abre la puerta del copiloto a

modo de invitación. A regañadientes, me sujeto el pecho para mantener el sujetador en su sitio, y cedo a entrar en el coche a la espera de su explicación. No obstante, Alex no responde a mi pregunta hasta que termino de colocar el bolso en los asientos de atrás y se asegura de que llevo puesto el cinturón como él.

—Fue un regalo de mi padre a cambio de la moto que se quedaron y que no piensan devolverme —informa Alex con calma, como si ese detalle le importara bien poco. A continuación, arranca el motor y se mete directamente entre el tráfico—. Creo que he salido ganando —dice cuando pienso que no va a añadir nada más, y esboza una sonrisa irónica—. Ahora podemos enrollarnos sin que nos moje la lluvia.

—¡Alex! —Le doy un empujón en el hombro y él se echa a reír.

—Aunque mojada me gustas más —continúa en tono guasón.

—¡Oh, por Dios! Dame una tregua, ¿vale?

—Está bien, no pensaré en ti mojada cuando estemos en el coche —dice muy serio, y después se ríe un rato como si no pudiera aguantarse, hasta que le cubro la boca con una mano.

Ahora que ha dicho eso, creo que seré yo la que imagine cosas sucias cada vez que vea un Aston Martin negro.

Hago memoria de la noche en que Alex me llevó hasta el portal de mi casa y aquellos tipos de negro aparecieron sin previo aviso, lo golpearon y lo secuestraron. Más tarde supe que había sido un plan ideado por su madre para obligarlo a hablar con ellos después de dos años sin mantener el contacto.

No ha debido de ser fácil para él perder su moto. Sé que le tenía cariño.

Me remuevo en el asiento, a pesar de que este no puede ser más cómodo.

—¿Adónde dijiste que íbamos? —trato de averiguar.

—No te lo dije —responde Alex, y gira hacia la derecha en un cruce.

Frunzo el ceño. No he logrado pillarlo desprevenido...

Estoy a punto de decir algo más cuando escucho de nuevo su voz.

—He hablado esta mañana con mi padre... Él ha convencido a mi tío de que levante todos los cargos de fraude que había contra Daniel, así que ahora está completamente limpio. Supongo que llegaron a un trato —me informa con los ojos fijos en el tráfico—. No obstante, mi tío no irá a la cárcel, y tampoco mi tía. —Nos detenemos justo en ese instante en el semáforo y observo como una pareja homosexual, que debe de rondar los treinta y cinco años, cruza apresurada el paso peatonal empujando un carrito de bebé. De inmediato pienso en Sofía y en cómo debe de ser su vida al estar casada con un hombre mayor e impedido al que no ama, solo por poder y dinero—. Siento que no haya podido hacerse justicia, Beca.

Alex se gira y se queda mirándome con una sonrisa triste que conmueve mi corazón de una manera profunda en mi pecho.

Aparto la vista de él porque la carga emocional es demasiado para mí y apoyo de nuevo la nuca en el respaldo de piel color azabache de mi asiento, con la mirada fija en el cielo nocturno mientras imagino estrellas que no veo.

Cuando han pasado unos segundos, extendiendo los dedos y presiono los de Alex un poco. Él se tensa al principio, pero de forma paulatina se relaja y entrelaza su mano con la mía. Su piel está ligeramente áspera y desprende un calor confortable que ya conozco.

Nos quedamos así hasta que estaciona el coche en una zona ajardinada que me resulta familiar.

—Hace unos días vine por aquí con Marta para entregar mi matrícula en la facultad de Ciencias de la Documentación. ¿Estamos en el campus universitario? —pregunto desconcertada.

—Cerca —responde Alex de una manera ambigua. Se masajea la nuca con una expresión inescrutable.

Me invade una intensa inquietud sobre lo que esto podría significar.

Entrecierro los ojos para ver más allá de la luna de cristal del coche, y gracias a las farolas apostadas en la acera de granito que iluminan la extensa calle, identifico un enorme edificio de nueva construcción para familias y estudiantes con padres adinerados. Giro la cabeza a la derecha, todavía tratando de acostumbrarme al lugar, casi desconocido para mí, y descubro que hay un parque abierto con una pista de atletismo. De inmediato siento el anhelo pulsando en mi pecho. Héctor me había hablado de este sitio, pero nunca había estado antes.

—¿Qué significa «sí y no», Alex? —intento averiguar. Me tiemblan las manos, porque esto no puede ser solo una simple coincidencia.

Él me recompensa con una sonrisa incorregible de su catálogo personal que no ayuda en absoluto.

—Es una sorpresa —responde Alex con un tono grave y excitante.

Entonces siento como acaricia el perfil de mi rostro con el nudillo de un dedo. La tensión arterial se me pone por las nubes. El aire parece quedarse inmóvil y por un instante todo es calma.

La calma antes de una tormenta.

Capítulo 8

ALEX



Rebeca ha desechado su actitud defensiva y ahora muestra esa mirada brillante por la curiosidad que tienen todas las tías cuando oyen la palabra «sorpresa». Me gusta que vuelva a ser la de siempre. Tengo que admitir que su versión cabreada me acojona un poco.

Por el momento, todo su interés ha hecho que me haya perdonado por lo que ha ocurrido en el bar, y me alegro, porque lo que voy a pedirle a continuación podría volver a hacerla desconfiar..., y si bien no soy ningún santo, estoy dispuesto a probar a rezar.

Coloco un mechón de pelo castaño tras su preciosa oreja desprovista de adornos y luego deslizo la mano hasta su cuello, donde trazo con el pulgar unos cuantos círculos, que acaban convirtiéndose en una a, mi letra de la suerte.

«¡A por todas!», me digo, y lanzo un puño al aire que solo existe en mi cabeza para infundirme ánimo.

Me desabrocho el cinturón de seguridad y después me giro y hago la misma acción con el de ella.

—Ahora debes cubrirte los ojos. ¿Estás preparada? —suelto de golpe.

Enseguida, Rebeca retrocede hacia atrás y me envía una mirada recelosa, como ya había supuesto que iba a suceder.

—Ya es de noche, y no creo que pueda ver mucho... —Hace una pausa para darme tiempo a verificar sus palabras, si quiero—. ¿Es necesario? —pregunta con voz queda. Pienso en una manera de tranquilizarla.

—No —digo despacio. Me inclino sobre ella. Entonces, bajo el volumen de voz hasta una tonalidad grave lo suficiente alta para que pueda oírme solo Beca, y hago que mi acento ruso se deslice en mis siguientes palabras como tantas veces he hecho para salirme con la mía. Para rematar el efecto, poso una mano sobre su rodilla. Siento de inmediato cómo se estremece—, pero será más emocionante y prometo que te gustará, Rebeca.

No estoy seguro de cómo reaccionará después de que sepa lo que he hecho, pero es mejor que no me note dudar o estaré vendido.

Joder..., estoy nervioso. No creo que en mi vida lo haya estado tanto por una tía como ahora lo estoy. Pero esto es importante para mí, lo es porque esta relación que

quiero mantener depende mucho de ella.

Ambos nos miramos y nos evaluamos mutuamente durante unos segundos.

Es una intensa batalla, pero sé que la he convencido en el mismo instante en que uno de sus pestañeos es más largo, su respiración se corta y noto un débil temblor en sus irresistibles labios de color frambuesa.

Quiero robarle un beso, uno guarro y profundo, pero me aguanto las ganas.

—De acuerdo —acepta. Y eso es todo cuanto necesito para actuar.

Me desato la banda negra de la muñeca izquierda. Está relativamente limpia, pero de todos modos la sacudo y la soplo antes de doblarla por la mitad mediante las puntas más alejadas. Beca me lanza una mirada cargada de ironía, pero no dice nada. A continuación, apoyo una de las rodillas en el asiento y le hago una señal con un dedo.

—Acércate, por favor —pido, y ella accede, aunque todavía noto la duda en su semblante. Paso con delicadeza el pañuelo alrededor de sus ojos—. Y ahora descansa la frente en mi hombro izquierdo. Así, Beca. —Escucho cómo su respiración se acelera cuando mis dedos se entretienen más tiempo del necesario en hacer el nudo. Siento su aliento en mi cuello, y aunque no puedo oír su pulso, casi puedo jurar que Beca es capaz de contar cada latido que da mi corazón por lo cerca que está—. Hueles bien —digo antes de darme cuenta.

—Tú también —responde como si mi comentario la hubiera puesto nerviosa. Estamos comportándonos como dos principiantes en su primera cita.

Me humedezco los labios. Estoy otra vez excitado y no voy a negar que verla limitada de este modo hace que en mi imaginación florezcan imágenes calientes y sudorosas, donde aprovecho esta oportunidad de muchas maneras.

Sacudo la cabeza para aclararme.

De algún modo, consigo que la tela quede lo suficientemente apretada para que no pueda ver nada, pero me preocupa que la haya tensado demasiado.

—Eh..., ¿te hace daño? —me aseguro. Beca niega con la cabeza—. Perfecto... Voy a abrir tu puerta, no te muevas.

—Espera —me detiene de repente Rebeca. El corazón me salta en el pecho—. Necesito... —Suenan tan inquieta que creo que se va a echar atrás con el plan—. Ayúdame a ponerlo de nuevo, por favor, Alex.

Su voz es tan solo un murmullo apenas comprensible y no espera a que le responda.

A continuación, se gira de cara a la ventana y arquea el cuerpo para señalarse a la mitad de la espalda lo que deduzco que es el cierre del sujetador.

Trago saliva. Había olvidado aquello...

Sonrío con una lánguida y orgullosa sonrisa torcida, y pienso de nuevo en noches húmedas sin fin.

—Prefiero quitártelo entero, mi musa —rechazo, aunque mis manos ya escalan por su espalda.

Noto cómo la piel se le adhiere a los huesos de la columna vertebral igual que una sábana de seda que marca todas sus formas curvas. Se me seca la garganta. Podría ponerme ahora mismo a pintarla tal y como está. Y tengo que hacer un gran esfuerzo para no buscar un lápiz y un folio en este mismo instante.

—Pero esa no es una opción, Alex.

—Lástima —suspiro muy en serio—. Pensaba quedármelo para mi colección.

—Pervertido —suelta.

La risa musical de Rebeca vibra en todo el interior del coche y me atraviesa como un tsunami la caja torácica. Siento que esta sensación sería la que tendría si un espíritu caprichoso me traspasara. Me quedo roto y al mismo tiempo me impaciente. Si solo un sonido de ella sin palabras puede provocar esto tan intenso en mí, no quiero ni imaginar cómo reaccionará mi cuerpo después de tantos días sin estar dentro de ella.

—Lo siento, listillo, pero este se queda aquí, conmigo. —Rebeca para de hablar, como si estuviera pensando algo—. Si tanto te gustan, te regalaré uno —propone todavía divertida.

—Hecho, que sea de encaje blanco. Son mis favoritos —señalo y le hago guiño, a pesar de que sé que no puede verme.

Unos minutos más tarde, hemos entrado en el edificio sin chocar contra ninguna farola por el camino.

—¡Cuéntame algo, Alex! —pide de repente Rebeca—. Esto de estar a ciegas y en silencio me pone nerviosa. Si no me distraes pronto, juro que te pegaré una patada en la entrepierna, saldré corriendo y llamaré al 091.

Finjo una mueca de dolor.

Hay un portero en la entrada del edificio que nos mira con suspicacia al pasar, creo que acabo de verle esconder una botella de whisky, lo cual le hago saber con una penetrante mirada. Me llevo un dedo a la boca para que no haga ruido y sigo caminando junto a Rebeca.

Joder... El tipo tiene los pelos de la nariz tan largos que necesitaría una esquiladora para quitárselos todos.

—Me gustaría verte intentándolo —reto a Beca. Me detengo un momento para ayudarla a subir las escaleras, pero ella no continúa andando—. Esquivaría tu patada —digo, y deslizo mi brazo hasta su muslo, muy cerca del punto que une sus piernas. Cada fibra de su ser empieza a estirarse—, te levantaría en brazos —tal como he dicho, la alzo de un solo movimiento y la estrecho contra mí. Suelta un gemido lo suficientemente erótico para que tarde un instante en recobrar el habla—, luego buscaría un lugar para mantenerte inmóvil —sigo a la vez que entro cargando con ella en el ascensor. Después la apoyo en la pared de cristal que hace de espejo. Rebeca me clava las uñas en los hombros cuando la coloco de modo que pueda sentir mi erección. Mi sangre está a punto de burbujear—... y por último registraría todo tu cuerpo, palmo a palmo hasta encontrar el teléfono. Te aseguro que no serías capaz de

llamar a tiempo a la policía.

—No deberías ver tantas pelis de acción, Alex —murmura sobre mis labios de manera muy dulce.

«Mía», pienso.

—Y las mujeres no deberíais tener esa cosa del mes —respondo y planto un beso en su boca.

Al principio el beso es lento, como si ambos estuviéramos tanteando el terreno que pisamos porque el suelo se mueve bajo nuestros pies, pero nuestra exploración acaba en pocos segundos y nuestras lenguas se buscan la una a la otra con desesperación.

«¡Mía!», grito solo para mí.

—Sí, es horrible —coincide Beca en medio de una exhalación de aire—. La vida es muy injusta.

«¡Mía!», me digo en la cabeza todavía con más fuerza, y no estoy seguro de si lo he dicho en voz alta.

—Muy injusta... —repito sus últimas palabras con un gruñido tosco. Mientras estamos unidos así, todo lo que siento es alivio, como si unas cuerdas invisibles me hubieran mantenido atado durante mucho tiempo y Rebeca acabara de liberarme. Noto que al fin puedo respirar, pero lo hago en su boca y ella en la mía.

—Dime algo sobre ti. Sobre Eduardo —dice de forma inesperada cuando nos separamos.

Mierda... Ni siquiera he terminado de desengancharme de sus labios.

—No creo que sea una buena idea, mi musa. No quiero que tengas pesadillas. Solo buenos sueños conmigo —aclaro y acabo el beso que habíamos dejado a medias.

—No creo que sea tan malo. ¡Venga! Yo también te contaré cosas sobre mí. Si quieres, claro —añade avergonzada.

Me echo un poco hacia atrás y doy al botón que sube a la última planta. Lo había olvidado por completo. Por suerte es de noche, y excepto ese portero de la entrada que usa de bigote los pelos de la nariz, nadie más nos ha visto.

—¡Venga! —insiste. Rebeca se remueve tanto que intencionadamente la dejo caer un poco sin soltarla del todo, de modo que se ve obligada a parar y a sujetarme por los hombros. Se me forma una sonrisa, pero rápidamente esta desaparece cuando noto que está decepcionada por mi falta de respuesta.

Me concentro y trato de recordar algo personal, un fragmento de mi rompecabezas de vida de cuando yo era el Eduardo original.

En unos segundos, la atmósfera cambia, como si nos absorbiera a ambos y nos escupiera al otro lado del espejo donde estamos apoyados.

—En el instituto solía dibujar a tías desnudas. —Rebeca hace un mohín, pero no me detengo, es como si no pudiera hacerlo—. Se las vendía a los chicos de mi clase a escondidas para comprarme material para pintar sin que mis padres lo supieran, pero

un día el tutor me pilló por culpa de un chico que me guardaba rencor. Mi hermano dijo que todos los dibujos eran suyos y cargó con toda la responsabilidad encima. Aun así, el profesor no estaba convencido. —Me paro un momento y arrugo la frente, taciturno. No sé de dónde ha venido ese recuerdo—. Llamaron a mis padres, pero solo pudo presentarse mi madre. Ella aseguró que yo hacía años que no dibujaba y que el culpable debía de ser mi hermano... Estaba nerviosa, pero sonaba tajante. Al final mi hermano fue castigado sin salir de casa durante un mes. Estaba bastante cabreado y cedí a hacerme pasar por él. No era la primera vez que hacíamos esto —confieso despacio. Me preocupa que Rebeca piense mal de mí, pero ella solo asiente y lo acepta.

Mierda... De pronto me doy cuenta de que nunca hemos hecho esto: preguntarnos sobre nosotros mismos. Hasta el momento, solo nos hemos acercado a la orilla de nuestras vidas a través de pequeños detalles mientras comíamos, alguna rara discusión... Rebeca es tan transparente que no creí necesario preguntarle, y eso hizo que tuviera que enterarme de la relación de su padre con mi familia por otros medios más difíciles.

—Una vez robé un peluche en un veinticuatro horas —confiesa Beca ruborizada. Ahora es su turno. Las puertas del ascensor se abren, pero ninguno de los dos sale, y yo no hago nada que avise de ello a Rebeca, porque quiero escuchar su historia—. Era uno de esos supercaros y que son parlanchines y dicen cosas como: «¡Te amo! ¡Eres preciosa!». —Sus labios se curvan, como si aquel recuerdo la hiciera reír—. Natalia no paraba de llorar y de decir que lo quería para su cumpleaños. Estaba muy encaprichada con él, pero ni el sueldo de mi madre ni el mío eran suficientes para llegar a fin de mes, así que no podíamos permitirnoslo. Cuando mi madre estaba pagando en caja, dejé a mis hermanos con ella, y regresé a por él. No me di cuenta de que mi hermano Víctor me seguía y de que gracias a que distrajo al guardia no me pillaron. Cuando lo supe, me sentí tan avergonzada que me di media vuelta y devolví el peluche.

Aguanto una carcajada, porque esto es típico de ella y porque no quiero ofenderla. En su lugar digo:

—Ya hemos llegado, Beca. Pero quiero seguir este juego otro día —reconozco incluso sorprendido conmigo mismo—, aunque con nuevas reglas —advierto con una sonrisa lobuna.

Cierro muy despacio los labios sobre los suyos, no obstante, de inmediato vuelvo a abrirlos y nos besamos de nuevo con más pasión. El calor de su boca me traspasa.

Esto se siente demasiado bueno.

Salimos al pasillo, y rodeo la cintura de Rebeca con firmeza cuando mi corazón empieza a partirse en dos: una parte todavía está en el ascensor que hemos dejado atrás y la otra ya ha cruzado la puerta que tengo delante.

Introduzco la llave en el cerrojo y empujo para dentro. Después sitúo a Rebeca en el centro del salón y le quito la venda.

—Está todo oscuro, Alex.

Es justo en ese instante cuando enciendo las luces y todo el ático queda a nuestra vista. Veo como un millar de emociones contradictorias se arremolinan en sus ojos de chocolate según recorre cada pared, techo y ventana de la sala.

—¡Oh, Dios mío! Alex... —Antes de que el efecto sorpresa se pierda, me sitúo otra vez detrás de ella y dejo caer por delante de su cuello un pequeño collar de plata con una perla en la que se posa una delicada y pequeña mariposa.

A continuación, la rodeo con mis brazos y tomo sus manos entre las mías para depositar en ellas una única llave: la de esta casa.

—Lo mejor de la vida lo encuentras sin haberlo buscado, y yo te he encontrado a ti, Rebeca. Puedo vivir sin ser yo, pero no puedo continuar si me faltas tú. Vive aquí conmigo, Rebeca, y te juro que haré que nunca te arrepientas.

Rebeca me mira a través de sus espesas pestañas. Nuestras miradas se funden. El corazón me va a mil por hora, y sé que el suyo también.

Capítulo 9

BECA



¿Cómo puedes describir unas emociones que ni siquiera tú misma comprendes?

No puedes. Tampoco es posible coger un poquito de lo que sientes y guardarlo en un bote de cristal para que los demás puedan verlo, examinarlo y darte su opinión. Las emociones no son una mariposa..., insecto o animal que puedas analizar. Esto es lo que se llama estar en *shock* y me doy cuenta de que ahora mismo lo estoy, cada centímetro de mi piel, cada neurona de mi cerebro está experimentando una parálisis emocional.

«Vive aquí conmigo, Rebeca, y te juro que haré que nunca te arrepientas», las palabras de Alex se repiten en mi cabeza una y otra vez, al mismo tiempo que soy muy consciente de cómo sus brazos siguen rodeándome llenos de amor y de que sus manos continúan tomando las mías con aquella llave en medio que lo significa todo.

De repente, todo Alex rezuma luz, energía y una vitalidad contagiosas. Está tan animado que tengo miedo de decir cualquier palabra que estropee la magia que en estos momentos reflejan sus ojos de color azul eléctrico.

No deja de hablar de las increíbles características del ático: 168 metros cuadrados; una cocina que sigue el concepto abierto de las americanas; tres dormitorios; suelos de madera; cerramientos de PVC; baño de mármol con yacusi; saneamientos de diseño...

Ni siquiera tengo tiempo para comprobarlas todas a medida que las enumera y me las enseña. En mi vida he visto tanto lujo contenido en un solo sitio igual que un perfume caro y difícil de conseguir.

«¡Oh, Dios mío! ¡Dios mío!», pienso.

Alex se desliza a un lado y tira de mí con suavidad hacia la ventana más grande del salón, que en realidad es una puerta que conduce a una terraza todavía más amplia y sorprendente. Envuelta por toda la vorágine de admiración que me provoca ver aquello de noche, me llevo la mano al colgante, todavía sujetando la llave que Alex me ha dado.

Contemplo obnubilada el paisaje iluminado por las largas filas de enormes edificios y entonces miro la llave, miro mi colgante, miro a Alex y repito el proceso al mismo tiempo que una hecatombe profunda de sentimientos me arrasa por dentro. Inquietud, alegría, felicidad, esperanza, preocupación, angustia. Siento estar en una

montaña rusa que sube y baja. Ni siquiera soy consciente de que dejo caer el bolso al suelo.

«Prométeme que te pensarás lo de vivir juntos cuando regresemos de este viaje, Rebeca»: eso fue lo que Alex me pidió en aquella habitación en Londres.

—Mira, Rebeca. Allí está la facultad de Bellas Artes y esa otra es la tuya —dice Alex, y señala primero a un punto a lo lejos y después a otro—. Nuestras facultades están cerca, por lo que no tendrás que recorrer toda la capital para ir a estudiar todos los días. —Hace una pausa y se pasa una mano por la cabeza titubeante—. ¿Recuerdas aquello que dijiste sobre que no tenías mucho tiempo para correr? —Recuerdo que dije eso prácticamente cuando volví a reencontrar a Alex tras dos años, y Héctor trataba de animarme para que me apuntara al club de atletismo. No puedo creer que lo haya recordado. Ni siquiera pensé que estuviera tan pendiente de nuestra conversación en el bar—. Aquí podrás correr todos los días en la pista de atletismo del campus y, si quieres, participar en competiciones —dice y me suelta para abarcar con sus brazos extendidos todo aquel lugar: mi sueño—. No tendrás que preocuparte de nada más, Rebeca. Incluso podemos amueblarla a tu gusto, todo para que te sientas lo más cómoda posible.

Doy unos pasos hacia delante y me apoyo en la barandilla de hierro forjado que hay al fondo.

El aire se respira mejor aquí que en otros lugares donde he estado antes. Una corriente pasa en ese preciso instante y peina como una ola mi cabello suelto, deja una caricia en mi nuca y sigue su camino.

—¿Qué te parece? —pregunta Alex, y otra vez me abraza por la espalda, como si fuera incapaz de evitar el contacto entre nosotros.

Está ansioso.

Un ligero estremecimiento se inicia en mis huesos y termina por traslucirse en mi piel.

—Es precioso, Alex. Es todo lo que alguna vez he soñado —digo, y lo pienso en serio.

Alex toma los dedos de mi mano izquierda en un suave y cálido apretón, y se los lleva a los labios. Su aliento parece vapor y reparte un hormigueo perturbador por toda mi piel.

El corazón me late violentamente.

—¿Eso significa un sí?

—Eso significa un sí y no, Alex —contesto de un modo ambiguo, como él hizo en el coche—. Estoy abrumada, creo que necesito tiempo para asimilarlo. Esto es... demasiado increíble.

—¿No es suficiente? —pregunta, y noto que suena decepcionado.

Me giro en sus brazos y le tomo de la cara para obligarlo a que él mismo vea en mis ojos todo el mar de sentimientos fuertes que estoy experimentando.

—Es mucho más de lo que yo esperaba, Alex. Pero... ¿cómo...? ¿Cómo

demonios has podido pagar todo esto? ¿Acaso puedes permitirte? Ni siquiera me has consultado... —pregunto, y una extraña idea se forma en mi cabeza al recordar el modo en que adquirió el coche—. ¿Es de tus padres? —indago todavía más preocupada de lo que estaba antes.

—¡Eh! Tranquila, mi musa, está todo controlado, ¿vale? —dice, y me besa en los labios, pero no estoy satisfecha y no me muevo ni un poco—. Yo puedo permitirte por los dos —continúa Alex.

Sus manos me recorren los hombros y bajan por mis brazos.

Meneo la cabeza de un lado a otro. Debe de ser por esto por lo que ha estado trabajando hasta altas horas de la noche, lo que me ablanda un poco, pero no lo suficiente.

—Todavía no he dicho que sí, Alex, y si aceptara tendría que ser algo que pudiéramos pagar entre los dos —adviento—. No quiero ser una mantenida. Eso debe quedar claro desde un principio.

—Venga, mi musa. No te pongas regañona. —Aprieto la boca y él se pega más a mí—. ¿Estás enfadada? —inquire Alex en tono meloso y superpone el labio inferior sobre el superior en una mueca de pena con la que intuyo que trata de convencerme.

—No estoy enfadada, Alex. Solo estoy pensando en qué voy a hacer con nosotros, con todo esto —respondo y contemplo su rostro con aire absorto.

—Yo puedo darte una serie de sugerencias interesantes, mi musa —me prepone con una sonrisa lobuna.

Sus ojos lanzan destellos en la oscuridad y parecen succionarme como un remolino de agua. Noto las yemas de sus dedos en mi cintura, después en mi estómago, y antes de que pueda seguir pensando en ello, estoy sentada sobre la barandilla.

—¡Alex! ¡Oh, Dios mío! ¡Bájame de aquí ahora! —Pego un chillido y él al instante acalla mis gritos con su boca.

—No te muevas —susurra con su aliento acariciando la punta de mi nariz—. Es peligroso —advierte muy serio y vuelve a besarme de nuevo.

Ni siquiera tengo tiempo para recordarle que, me mueva o no, esto sigue siendo una locura.

La falta de equilibrio hace que me impulse más hacia delante y me agarre desesperada a Alex, mientras nuestras lenguas se unen con más fuerza. Cuando mi cuerpo deja de temblar, comienzo a ser consciente de otros detalles que había dejado pasar desapercibidos: la cálida presión de los dedos de Alex sobre mis caderas, y cómo estos se introducen bajo mi camisa y masajean mi espalda en amplios círculos. Una multitud de escalofríos calan hondo en mí, capa a capa, convirtiendo en caos absoluto mis pensamientos.

La cabeza me da vueltas y percibo cómo cada sensación es aún más extrema que la anterior. Nunca en mi vida he hecho algo tan arriesgado, tan tonto y tan... excitante. Me siento viva.

Suelto un gemido alto, y Alex hace el coro con un gruñido más animal que humano según su lengua amasa la superficie de mi garganta con dedicación. Provoca nudos que desata después y hace que me retuerza de necesidad muchas más veces de las que puedo recordar.

Cierro los párpados y me dejo consumir por mis deseos.

«Alex es y siempre será parte del fuego que recorre mis venas —pienso con todos mis sentidos multiplicados—. Siento que podría hacer cualquier cosa por él. Cualquier cosa.»

De pronto, un sonido externo similar al que hace mi teléfono me paraliza y me distraigo. Mis brazos caen hacia atrás y pierdo el equilibrio. Mi alma parece despegarse de mí en el mismo instante que comprendo que este pensamiento que estoy teniendo ahora podría ser el último.

Tiemblo muy fuerte y una sofocante sensación de vértigo invade todo mi sistema nervioso.

—¡Alex! —grito.

Él también parece desconcertado, aturdido. Veo que sus ojos se agrandan como si fuera consciente de lo que sucede, pero no se mueve, como si no estuviera allí conmigo.

«¡Lo estoy perdiendo!», descubro alarmada.

Todavía estamos lo suficientemente cerca para que pueda alcanzarme, pero no se trata de que él no quiera salvarme, es que no puede hacerlo, lo leo con toda claridad en su mirada vacía. Es un cuenco sin nada dentro de él y su miedo ha neutralizado todo el resto de emociones.

Agito las manos en el aire, desesperada. Estoy cayendo hacia atrás.

«¿Qué diablos le sucede a Alex?», pienso aterrada por mí, pero sobre todo por él: cree que voy a morir haga lo que haga.

Tan rápido como soy capaz, pienso en donde nos encontramos, en el último piso de un edificio de doce plantas, y en la manera en la que murió el hermano de Alex.

«¡No! No puede ser. Ahora no», me digo.

—¡Alex! —grito esta vez con toda la potencia que me permiten mis pulmones ahogados. ¡Tiene que oírme!

Por él, por mí.

En el último segundo entre la vida y la muerte, en ese espacio en que todos tus recuerdos pasan a la velocidad de la luz ante tus ojos y una parte de ti ya está lejos, Alex despierta, como si mi voz le hubiera llegado por fin. Sus pupilas se agrandan, parpadea y estira todo su cuerpo hacia delante.

—¡Rebeca! —ruge. Una vena enorme le palpita en el cuello.

Mi corazón no late.

No respiro.

No puedo moverme.

No puedo pensar.

Pero cuando él me atrapa, tira de mí y se impulsa hacia el interior de la terraza con todo nuestro peso; cuando nuestros cuerpos chocan contra el suelo y yo quedo envuelta en una posición fetal por Alex, obligo:

A mi corazón a latir de nuevo.

A mis pulmones a respirar otra vez.

A mis ojos a parpadear.

A mi mente a pensar como siempre.

Las lágrimas de alivio me escuecen en los ojos y se deslizan hacia mis brazos pegados contra mi rostro. Solo pasados unos segundos me atrevo a girarme y a comprobar que Alex también está bien, pero él me obliga a volverme de nuevo. Hunde la frente en mi espalda y siento cómo cada una de las vibraciones de su cuerpo que se agita me repercuten por cada extremidad. Al principio no lo comprendo, pero le oigo llorar y todo cobra sentido. Solo he visto a Alex llorar una vez, pero nunca de este modo, como si algo horrible le estuviera desgarrando por dentro. Como una persona que ha estado encerrada en una cueva sin emitir ni una sola palabra y articulara la primera en mucho tiempo.

—Lo siento, Rebeca. Lo siento —se disculpa Alex.

Su voz está rota y eso me duele mucho más que el tobillo que creo que me he torcido.

El alma se me rompe a pedazos.

No debí haber permitido a Alex que me subiera a aquella barandilla.

No debí haber dejado que me besara.

No debí haberme distraído con aquella llamada.

La llamada...

El teléfono sigue sonando, ignorante de todo lo que nos acaba de ocurrir. Es una ironía.

No debí... No debimos...

No sé qué palabras podrían en estos momentos consolar mejor a Alex, así que solo me quedo allí, escuchándole.

La brisa cálida de la noche nos azota y se desliza en medio y alrededor de nuestros cuerpos como una tercera amante celosa, pero no nos separamos. Parece que Alex y yo formáramos un círculo indivisible que no empieza ni acaba, solo sigue y gira. No tiene fin.

No te pierdas, Alex...

Capítulo 10

BECA



«—Todavía puedo ayudarte si me dejas, Beca. Pero si continúas haciendo oídos sordos a la realidad, va a ocurrir algo peor que hará que definitivamente pierdas a Alex —recuerdo que dijo Sofía a mis espaldas de un modo que me produjo escalofríos por todo el cuerpo—. Y cuando eso suceda, no solo tú te arrepentirás: Alex se perderá también a sí mismo y se romperá por completo —entonces continuó en un tono enigmático y profundo—, y ni siquiera tú podrás recoger y unir de nuevo todos sus pedazos. El amor por sí solo no lo puede todo, Beca. Este es el mundo real en el que vivimos.»

«El amor por sí solo no lo puede todo...», aquellas palabras que creí olvidadas han vuelto a encontrar sitio entre mis pensamientos y siguen bailando en mi cabeza desde esa noche en el ático, y no me han dejado descansar incluso si estoy despierta.

Echo un vistazo a mi Coca-Cola casi terminada. Siempre me pido lo mismo para evitar preguntas incómodas, y lo cierto es que funciona. Nadie sabe con seguridad si es alcohol o no. Abstraída en mí misma, fijo la vista en la vitrina de cristal tras la cual Alex está trabajando de DJ esta noche en el Florida Night.

Tiene la frente perlada de sudor y bebe de su vaso cada vez que termina otra canción. No hay rastro en su cara de lo que sucedió entre nosotros en el balcón.

El recuerdo se ha convertido en un espejismo, en un pequeño momento de debilidad.

Pensativa, doy otro sorbo a mi bebida mientras las letras de *Wrecking Ball* de Miley Cyrus entran por mis oídos y salen sin que apenas les preste atención, a pesar de que la gente está como loca gritando, o quizá intentando cantarla al mismo tiempo que se balancea al ritmo de la música.

Escucho que Alex anuncia algo por el micrófono en ese momento y el público aplaude entusiasmado y luego ríe a grandes carcajadas por alguna broma que él acaba de hacer. Su voz suena sexy y confiada.

¡Lo envidio! Alex tiene a la gente en la palma de su mano y hace lo que quiere con ellos. Le veo sonreír y disfrutar de su momento. Aquí es el rey y me alegro por él.

Las luces de colores y en movimiento que provienen del techo me dejan ciega por un instante y me veo obligada a agachar la cabeza y a apartar la vista de la cabina del

DJ.

—¿Y entonces qué pasó después? —pregunta Laura, y absorbe por su pajita lo que parece ser algún tipo de bebida alcohólica afrutada.

Hace dos horas que Marta, ella y yo llegamos al local. Xavi ha pasado de venir con nosotras, y ahora estamos tomando un descanso después de bailar un buen rato. Observo que Laura se ha puesto uñas postizas que brillan tenuemente en la oscuridad y las agita en el aire de un modo constante al hablar.

—¿Después? —repito para ganar tiempo. Lo cierto es que no deseo explicarles eso ahora.

—Quiero decir: ¡guau, tía! Te pide que vayas a vivir con él en un pedazo de ático que no te podrías permitir ni con el sueldo de diez años. ¿No es para alucinar, tía? —dice, y se gira para buscar el asentimiento de Marta. No obstante, esta no contesta, por lo que yo también me vuelvo intrigada.

Al hacerlo, descubro lo que Marta está observando con tanta atención: junto a la barra del bar está Carlos, que habla animado con Elisa y la exnovia de Héctor, Jess. Sara está con ellos también.

Los cuatro parecen estar pasándolo bastante bien, aunque no estoy del todo segura. Carlos no deja de señalar el estómago hinchado de Jess. Me extraña que la haya dejado venir aquí en su estado.

Marta pone una expresión furiosa en su rostro y termina de un solo trago su bebida. Esta ya es la séptima copa y debería empezar a pensar en controlarse un poco si no quiere acabar en el váter vomitando.

—¿Marta? Marta, tía, ¿has oído algo de lo que estamos hablando? —se queja Laura con un tono reprobatorio.

—Claro que sí, pesada —dice Marta con una sonrisa falsa a Laura—. Yo también alucino. ¿Cómo dijiste que la tenía de pequeña el tipo que te dejó plantada?

—¡Oh, venga! ¿Otra vez con eso? Nadie ha dicho nada de dejar plantada a nadie, y mucho menos de tamaños, Marta. ¿Qué narices te ocurre ahora, tía? Llevas toda la noche gruñendo y ni siquiera te molestas en prestar un poco de atención a la conversación. Estamos comentando algo importante.

Marta resopla y levanta una mano con los dedos extendidos frente a la cara de Laura.

—¿Qué haces? —salta Laura echándose hacia atrás con los brazos cruzados por delante.

—Dirígete a mi mano si tanto te disgusta mi cara gruñona —replica Marta. Suena un poco ebria y me preocupa que el motivo esté justo en la barra. Un atractivo camarero de piel oscura y hermoso cabello rizado pasa por nuestro lado. Enseguida Marta lo intercepta agarrándole del cinturón de tal modo que me hace pestañear más rápido—. ¡Eh, chico guapo! Ponme lo más fuerte que tengas. Hoy voy a emborracharme hasta perder el conocimiento y voy a tirarme al primer tipo que me lo pida. ¿Qué te parece? ¿Estás interesado? —propone Marta haciendo ojillos al

camarero.

Observo que Marta se ha subido las tetas bastante por encima de la línea del escote del vestido, el cual ya es más revelador y ajustado que todos los anteriores que alguna vez la he visto usar de fiesta.

El camarero mira el número de vasos vacíos delante de mi amiga como si dudara, pero sus ojos al final acaban por bajar al pecho de Marta como moscas a la carne. Se nota que está complacido con lo que ve y lo demuestra cuando se agacha y le murmura algo al oído. Marta se ríe y se muerde el labio a partes iguales.

Examino al chico con más atención. Creo que ya lo he visto antes, cuando Elisa tuvo un ataque epiléptico en el aparcamiento y tuve que ir a buscar a Sara a su despacho.

—Chicas, creo que ya tengo planes —canturrea Marta, y sin más se levanta y se marcha con el camarero.

«¡Madre mía! Esto solo puede acabar mal», pienso preocupada.

—Voy a ir a vigilar —le digo a Laura, y comienzo a levantarme.

—Yo iré, tranquila —se ofrece ella. No hace falta que intercambiamos palabras, las dos estamos pensando lo mismo—. Mejor tú ve con tu chico. No ha dejado de mirar en nuestra dirección desde hace un buen rato. —Levanto la cabeza y veo que Alex me está haciendo señas para que vaya hasta la cabina.

Tiene una amplia sonrisa que me hace intuir que lo que hay en su vaso no es solo agua. No obstante, por la manera en que se mueve deduzco que únicamente está contento. Varias chicas que se arremolinan a su alrededor tratan de llamar su atención con métodos casi desesperados, pero él solo las despacha con amabilidad una tras otra y continúa pinchando.

No debería mostrarme celosa ya que Alex no me está dando razones para sentirme de ese modo, pero lo estoy. No puedo evitarlo. Cuando pienso en todo lo que hemos pasado juntos, un sentimiento de posesión me embarga y solo quiero ser egoísta.

—No sé si... —titubeo.

A pesar de todo, mi parte responsable es todavía muy fuerte en mí.

—Si algo ocurre —dice Laura. Me toca en el hombro y me enseña un pequeño bote que parece un espray—, tengo esto que me dio tu hermano Víctor el otro día en tu casa.

«El famoso espray pimienta», compruebo. Se me escapa una carcajada.

—No obstante... —insisto, pero Laura me interrumpe de nuevo.

—Si eso no es suficiente... —continúa, y se pone en pie. Sus pendientes de aro se agitan con fuerza en sus orejas—, está este fabuloso y carísimo teléfono que he cargado al cien por cien de batería antes de venir aquí, y que no dudaré en usar especialmente bien si un capullo trata de hacer alguna gilipollez como propasarse con nuestra amiga, aunque esta sea una idiota sin cabeza la mitad de las veces —concluye con una mueca—. No hagas esperar más a tu amorcito increíblemente sexy, o alguna

te lo robaré. ¡Qué digo! Yo te lo robaré —amenaza con una seriedad fingida. Entonces, rodea la mesa y se despide de mí con un beso en el aire.

Abro bastante los ojos y me echo a reír, sorprendida por todo lo que acaba de decir Laura. Esto es nuevo en ella, normalmente habría sido Marta la que hubiera tenido que ir a salvarla de un aterrador motorista borracho lleno de *piercings* y tatuado. Nunca antes la había visto tan segura de sí misma. ¿Qué ha cambiado en ella? ¿La universidad?

Sus padres la obligaron a matricularse en la facultad de Medicina, así que ya no vamos a estar juntas en clase, pero parece que eso la ha hecho madurar.

Bajo la vista hasta el vaso medio terminar de Laura, y aunque no sé muy bien qué contiene, me lo acabo rápido para infundirme valor.

Un repentino ataque de tos hace que me doble sobre el estómago.

«¡Santo cielo! Esto es fuerte», pienso. No sé cómo Laura parece estar tan despierta después de beberse dos de estos. Me limpio la boca y luego me encamino en dirección a la cabina de cristal, donde Alex aún se encuentra acompañado por todo aquel enjambre de avispas.

Avispas..., este sobrenombre les va bien.

Esas chicas también visten de colores llamativos, y como las avispas hembra intentan morder o picar, o las dos cosas para defender su territorio. Sin embargo, Alex ya tiene propietaria.

Decidida, aparco mi clase de biología mental en un rincón del cerebro, me alzo el escote en mi top blanco ajustado como he visto hacer a Marta hace tan solo un momento y camino recta con mis nuevos tacones rojos. Gracias a Dios, el tobillo que creí que me torcí, resultó ser solo una molestia pasajera.

Respiro hondo. Según atravieso la multitud, me siento como Judy Garland interpretando a Dorothy en *El Mago de Oz*, mientras paseaba por el largo camino de baldosas amarillas con aquellos zapatos mágicos.

De pronto, la boca se me seca y me obligo a humedecerme los labios.

Si soy objetiva, en el hipotético caso de que pudiera serlo con Alex, debo admitir que esta noche está espectacular. Decir solo «guapo» es quedarse lejos de su descripción original. Alguien guapo es alguien con rasgos bonitos, pero no necesariamente se aplica a la personalidad. La palabra «atractivo» es más acorde con él: Alex desborda atractivo a raudales, y esa aura de chico malo que desprende contribuye bastante a ello. Hoy lleva lo de siempre: una camiseta negra y sus vaqueros rasgados, pero lo noto diferente. Las líneas de su semblante son más duras y masculinas, e intuyo que esto se debe a que está en alerta constante por el lugar en el que nos encontramos. No hay nada ni nadie que pase desapercibido a aquellos ojos rasgados y penetrantes de águila, todo en su mirada refleja el control absoluto. Contemplo cómo se pasa los dedos de una mano por el pelo en un gesto inconsciente y muy varonil que tantas veces le he visto hacer. Saber algo tan íntimo me hace estar más unida a él.

Ensimismada, bajo la vista por la línea noble de su nariz hasta su generosa boca, donde pende una sonrisa permanente de libertino. Inclusive su gran altura y toda aquella fuerza muscular parecen sentarle de un modo espléndido, como si la naturaleza hubiera reunido todo lo mejor en un solo cuerpo que no se conforma con menos.

Al verlo a tan solo unos metros trabajando tenaz empiezo a comprender por qué hay tanto público femenino a su alrededor. Alex es como miel rica y dulce. Le saludo y sé que me ha visto porque deja una canción en automático y se quita los enormes cascos de DJ de sus orejas.

Me sonrío, como nunca lo ha hecho, y me hace sentir la protagonista de la película, la chica afortunada que todas quieren ser. De forma instintiva, mi boca se curva por la felicidad. Una embriagadora calidez me recorre las venas.

La gente baila por delante de nosotros y nos oculta una y otra vez, pero ninguno de los dos se mueve.

—Te quiero —vocalizo, porque sé que no importa cuánto grite, todavía no puede oírme.

Alex sigue parado en su sitio a unos metros de mí, tiene prohibido alejarse mucho de la cabina mientras trabaja. En cambio, me lanza una mirada muy caliente que hace que tiemble el suelo que piso y continúa contemplándome como si pensara en algo turbio y audaz. Por el modo en que me estudia a través de esa mirada de azul eléctrico, parece como si me desnudara muy despacio, prenda a prenda. Me hace sentir muy sexy y excitada.

Pierdo todas mis inhibiciones y le lanzo un beso en el aire. De inmediato, Alex recoge el beso invisible con una mano y se lo lleva al corazón. Me hace un guiño caliente y vocaliza las palabras «te quiero».

Justo en ese momento recibo un empujón de un tipo desconocido que no debe de sobrepasar la treintena y la magia se rompe. Las mariposas son aplastadas de manera salvaje y sin compasión contra las paredes de mi estómago. El aire deja de llegarme a los pulmones. No obstante, el tipo grandullón y todo músculo no se molesta en disculparse. Tiene el aspecto de aquel que se considera objeto de deseo de todas las mujeres.

Me tira de un brazo y trata de obligarme a bailar con él. Le hago entender con un gesto de rechazo que no quiero, que me estoy mareando, pero creo que me he topado con uno de esos borrachos que resultan poco amigables cuando les das una negativa.

La siniestra mueca que se le forma en la boca me da mucho miedo.

Se me acelera el ritmo cardíaco y la sangre se me agolpa en los oídos. El tipo clava sus enormes manos en mi trasero y me empuja contra su erección, entonces entro en pánico.

Apenas puedo contener el sentimiento de ahogo que atenaza mi garganta. No puedo respirar...

Capítulo 11

BECA



—¡Suéltame, por favor, no quiero bailar! —grito.

—No te oigo, preciosa. ¿Quieres que me acerque? —vocifera, y se pega más.

Las sienes le sudan a chorros y su cara es un tomate hinchado, pero lo peor es el olor rancio y a huevos podridos que desprende mi acosador. Noto con cada partícula de mi ser el momento justo en que sus manos húmedas se deslizan con brusquedad y con torpeza por debajo de mi falda plisada de color azul e intentan meterme mano. Me resisto y lucho para que esa sensación espeluznante se detenga, pero él no lo hace. Con cada emoción que me sobrecoge de furia, de impotencia y de terror me estremezco, porque no quiero que continúe, no quiero que Alex me vea así de débil. Debo ser fuerte, debo...

¡Dios mío! No quiero que me siga tocando alguien así, alguien que no es la persona que amo.

¡Para!

¡No me toques!

¡Aléjate!

¡Vete!

¡No!

Entonces, las palabras «principios básicos de defensa personal» acuden a mi cabeza, y aunque las tripas se me revuelven y creo que voy a vomitarle encima a mi acosador, consigo serenarme lo suficiente para analizar mi situación: está borracho, lo que hace que le cueste mantener el equilibrio y enfocar la vista en un punto fijo.

Angustiada, me decido por lo más rápido e inesperado: le clavo la punta de uno de los tacones en uno de los pies y de inmediato me suelta. El grandullón me maldice cabreado, pero no llega a terminar de amenazarme: sale impulsado sin previo aviso hacia mi derecha, pierde el equilibrio y se desploma como una torre de naipes en el suelo, lo que provoca un círculo vacío a nuestro alrededor.

Es justo en ese instante cuando veo a Alex con la pierna extendida y a Iván detrás de él junto a dos hombres más, todavía más corpulentos que el tipo tirado en la pista de baile y que ha intentado abusar de mí.

Mi corazón palpita tan fuerte que no estoy convencida del todo de que no vaya a desmayarme.

¡Dios mío! Todo ha sucedido en apenas unos minutos, unos minutos que creía que nunca iban a terminar. De la forma en que lo veo, Alex ha dejado su puesto libre en la cabina para acudir en mi defensa y luego le ha puesto la zancadilla a aquel hombre. Su expresión ahora mismo es tan calmada y fría que no puedo engañarme, esa máscara es solo la cáscara que cubre una verdad más cruel y escalofriante: está colérico.

Echo a correr hacia Alex, que me coloca a su espalda en un ademán protector.

—¿Estás bien, Beca? —pregunta en mi oído.

Asiento con firmeza, pero él ya no me está mirando. Sus ojos no se separan del tipo ebrio. En su mirada, Alex ya lo ha matado muchas veces, lo leo en cada pequeña tensión de su cuello, de sus manos, de su frente.

La música se detiene, pero a nadie le importa, todos quieren saber qué ocurre en nuestro círculo. Mi acosador se levanta después de tres intentos patéticos y algunas risas estallan. Esto provoca más comentarios y más carcajadas maliciosas. El hombre pasa de parecer confundido y avergonzado a estar el doble de cabreado de lo que ya lo estaba antes.

Alex da un paso al frente, a pesar de que trato de impedirselo porque no quiero que tenga más problemas con Sara por mi causa, y hace una ligera señal de cabeza en dirección a Iván, que a su vez repite el gesto a los otros dos guardaespaldas que le siguen.

—¿Estás bien? —pregunta Alex con educación al acosador y le ofrece una mano cuando lo ve balancearse peligrosamente. Sin embargo, este se la rechaza de un golpe y termina otra vez en el suelo.

Alex no pierde la sonrisa y con suma tranquilidad, como la que solo puede tener aquel que ya ha pasado por situaciones similares, se limpia la palma de la mano en la manga de su camiseta con unos golpecitos y vuelve a intentarlo. Al final, el hombre le agarra de los dedos, y ese es su error.

—Graci...

El hombre no ha terminado de hablar cuando Alex ya le ha retorcido todo el brazo por detrás de la espalda, tan rápido que ni siquiera lo he visto venir. A continuación, lo empuja sin ningún esfuerzo aparente contra el pecho de acero de uno de los gorilas, que, a diferencia de mí, ya está preparado para lo que va a pasar, pero todavía no lo suelta.

Un grupo de chicas chilla de emoción a mi lado y grita todo tipo de posibles castigos para el culpable, además de lo bueno que está el chico que me ha salvado. Sí, Alex está increíble, no, ese es un calificativo pobre para él. Alex, con su rostro de piel clara y facciones frías, parece el líder sexy y poderoso de una banda de mafiosos rusos que hace respetar su territorio. Está imponente.

—¡Eh! Eres tú, ¿verdad? Tú eres el que me ha puesto la zancadilla y luego me ha robado a esa puta —gruñe el acosador una vez que ha conseguido estabilizarse—. ¡Suéltame, joder!

—Mejor, ¿por qué no paras de hablar? El aliento te huele como un carro lleno de mierda, tío —espeta Alex y suelta una carcajada lo bastante relajada y alta para que nuestro público rompa en risas también.

La música vuelve a sonar en ese momento, alguien ya se ha encargado de ello en la cabina, y cuando me giro descubro que es Sara, la propietaria del Florida Night, la que está pinchando.

Me vuelvo de nuevo hacia nuestro círculo, que se ha reducido ya más de un setenta por ciento, y llego justo a tiempo de ver cómo Alex, dos cabezas más alto, se inclina sobre el tipo, le dice algo que no llego a oír y lo deja en manos de Iván y su séquito de gorilas. Lo último que veo es cómo los ojos del hombre se agrandan de puro pánico.

Capítulo 12

BECA



—Vamos —dice Alex en cuanto llega a mi lado, y me rodea con un brazo para abrirnos paso entre la multitud.

No obstante, no me lleva a la cabina, sino que se desvía hacia el pasillo de empleados y me conduce hasta el que recuerdo que es el despacho de Sara.

Esta vez nadie nos impide el paso o nos hace preguntas, como si se tratara de algo natural que uno de los empleados se colase con una chica en la oficina de la propietaria.

—Espera, no creo que sea bueno que nos vean aquí, Alex, y también has dejado tu puesto vacío —le recuerdo—. Sara puede despedirte por ello —digo, y lo detengo para que no continúe avanzando.

—Eso es muy posible —concede Alex con una mueca de preocupación que no coincide con sus acciones. Abre la puerta y me lleva con suavidad hacia dentro—. Entonces no deberíamos quedarnos mucho tiempo por aquí —resuelve con un gesto inocente y después me devuelve la mirada de tal manera que termina clavándose en mis ojos de forma perturbadora.

Confusa, pestañeo. ¿Cómo su personalidad puede cambiar tanto de un segundo a otro?

—Eso no es lo que quería decir, Alex. Yo... —me interrumpo al percibir la mueca de advertencia que tuerce su boca.

—Siéntate a la mesa, por favor, Rebeca —ordena, no lo hace de una forma en la que podría molestarme, sino que es más bien una petición que desea que acepte pero que puedo rechazar si quiero.

Estoy segura de que se ha dado cuenta de mis sentimientos después de lo sucedido.

Hago lo que dice porque me cuesta mantenerme de pie por más tiempo, y tomo asiento sobre un grueso escritorio de madera oscura, lo único monocolor del despacho, ya que la silla tiene una torre de papeles encima.

No creo que llegue el día en que me acostumbre a lo atento que es Alex a todos los detalles, pero después de haberlo visto esta noche en acción empiezo a comprender un poco el motivo de que se haya vuelto cauteloso con todo el mundo. Sin importar el lugar o el momento, sé que él siempre impondrá mi seguridad por

encima de la suya.

Tener a una persona de confianza como Alex a mi lado hace que pierda la sensación de miedo y que quiera superarme a mí misma cada día que pasa.

Estiro las piernas por delante de mí y las balanceo.

Sin más que hacer mientras Alex está ocupado en buscar algo dentro de un pequeño frigorífico que parece de oro, aprovecho para echar un vistazo al entorno no por curiosidad, sino porque no deseo acabar más envuelta por esta espiral de pensamientos que tengo en la cabeza.

Sara no me decepciona. La habitación refleja su gusto por la piel y la extravagancia en cada detalle por insignificante que parezca, incluidas las paredes pintadas de rosa fucsia.

No obstante, en general el despacho resulta ser un espacio más reducido de lo que me imaginé que sería para alguien que pasa más tiempo en el trabajo que en casa, pero está limpio y hay una tumbona revestida de piel a rayas blancas y negras que imita el pelaje de las cebras. Junto a la nevera de la esquina distingo un perchero del que cuelgan gran cantidad de pañuelos de todos los colores y tejidos, y abajo en el suelo descansa una cola de zapatos, casi todos con tacón, excepto unas zapatillas de leopardo con orejas. Es un poco cómico ver a Alex en medio de todo esto, no encaja en absoluto con su personalidad fuerte y masculina.

—Este sitio hace que piense en las habitaciones que usan las chicas populares en los institutos americanos —comento para rellenar el hueco de silencio—. Ya sabes, en esas series adolescentes en las que un grupo de amigas hacen fiestas pijama y eso...

—Ten —me ofrece Alex, y me pasa una bebida isotónica. Ya la ha abierto por mí, así que tomo un sorbo porque de verdad me hace falta—. Puede ser, a Sara le encantan esos dramones —dice, y señala con un movimiento de la barbilla el televisor de pantalla plana colgado en la pared que hay frente a la tumbona. Encima de esta descubro una caja de pañuelos de papel abierta.

Progresivamente, el temblor que había poseído mis manos hasta ahora, y del que no había sido consciente, remite.

Alex me ofrece una pastilla de chocolate y se queda observándome muy fijo a través de aquella mirada penetrante suya mientras me la como con unas ganas que no logro disimular.

—Gracias —murmuro.

Cuando me la termino, me obsequia con otro poco de chocolate y lo saboreo de la misma manera: lo derrito en mi lengua, lo mastico y finalmente me relamo los labios hasta que el último toque dulce de mi paladar ha desaparecido.

—¡Dios mío, Alex! ¡Está buenísimo! —confieso revitalizada.

Unas sombras pasan efímeras por el rostro de Alex, y no estoy segura de si solo lo he imaginado. Estira el pulgar y lo pasa muy lento por mi labio inferior. Un nudo de expectación se me atasca en la garganta. Mi piel se electrocuta y siento una marea de

escalofríos.

La pasión de sus ojos es casi como una caricia física.

Espiro un poco más alto de lo necesario e intento que no se me note lo mucho que me hace falta esto, este contacto entre nosotros. Porque todos necesitamos de esa otra persona en nuestros momentos frágiles, aun si no lo expresamos con palabras, para poder seguir respirando.

—Ten más cuidado, Rebeca —comenta Alex mientras frota mi boca con delicadeza sin dejar de mirarme con intensidad. Y lo hace de tal modo que aunque al principio pienso que se refiere a que me he manchado de chocolate, al final entiendo que habla sobre aquel hombre de la pista de baile.

Una vez está satisfecho con el resultado, se lleva el pulgar oscurecido por el cacao a la boca y se lo chupa.

«¡Oh, madre mía! Es tal como en las novelas románticas», pienso fascinada mientras contemplo aquel gesto. Jamás creí que llegaría a ver algo así en la vida real, y mucho menos en la mía.

—No sé por qué ha ocurrido —confieso con voz queda cuando mis palpitations regresan casi a la normalidad.

Mis palabras provocan algo violento en esa mirada normalmente controlada y distante. Una sonrisa asoma a las comisuras de la boca de Alex, pero sus ojos irradian desaprobación. Y aunque intuyo que su rabia no va dirigida a mí, sino al acosador, eso no hace que me sienta mucho mejor.

—Porque eres preciosa —explica Alex con sencillez. Tira de una de las ondas de mi cabello y se la lleva a la nariz. Ese gesto íntimo produce un sentimiento muy poderoso en mi pecho—, y él estaba borracho —añade como si eso le fastidiase. Me fijo en sus pestañas, que son filos negros sobre el desbordante azul de sus ojos—. A veces en la vida te cruzas con un par de tipos idiotas así, de los que simplemente no te puedes deshacer. El único modo de sobrellevarlo es protegerte, o bien ignorarlos si puedes permitirte. —Se queda callado y se gira un instante, como si hubiera escuchado algún ruido, pero solo es un momento, después vuelve a centrar toda su atención en mí—. Este sitio es bastante grande y un lío, en especial los fines de semana. No lo recorras sola —me advierte.

—Estás exagerando, Alex —replico, y esbozo una sonrisa al tiempo que sacudo una de las manos en el aire para minimizarle importancia al asunto.

—Las mariposas no se dan cuenta de lo hermosas que son, solo las personas que las ven, Rebeca —recita Alex.

—¿Qué significa eso?

—Una persona que tiene complejo de mariposa como tú debería ser más cuidadosa, incluso si es conmigo, más si es conmigo —recalca, y posa una mano en cada una de mis rodillas.

Tengo la sensatez de no reírme, porque me doy cuenta de que habla muy en serio. Me toco el colgante que me regaló la otra noche con una mariposa que descansa

sobre una perla. Él baja la vista primero hasta mis dedos y después la desplaza hasta mi boca, donde sus ojos se detienen.

Se relame y me dedica una mirada hambrienta.

Comprendo entonces que este colgante es una muestra de sus sentimientos por mí, pero al mismo tiempo una advertencia sobre él mismo.

«¡Soy peligroso, Beca! No lo olvides nunca», parece decirme sin palabras.

Suspiro, aunque no sé si estoy haciendo justo lo contrario.

—Lo siento —me disculpo.

Me mordisqueo el labio inferior. Esta situación me pone nerviosa y me provoca ganas de estallar en risas.

—No es tu culpa, Rebeca. —Los dedos de Alex avanzan por mis muslos y de manera instintiva abro las piernas. Él se queda quieto, no obstante, y no lo comprendo, porque siento lo mucho que me desea con solo bajar la vista a sus pantalones. Abre la boca para añadir algo, pero, al parecer, se lo piensa mejor y se aclara la garganta—. No creo que quieras esto ahora, mi musa —dice con una sonrisa amarga.

Tiene la mandíbula apretada.

—Sara está sustituyéndote, tardará en venir —le discuto.

—Creo recordar que fuiste tú la que dijo que no podíamos estar aquí —rebate. Una expresión enigmática revolotea en su rostro perfecto.

—¿Estás tratando de advertirme de algo, Alex? —indago ya sin saber a qué más puede deberse su reticencia—, porque quiero besarte ahora mismo. Es más, lo necesito y voy a hacerlo —digo, y tiro del cuello de su camiseta para obligarlo a inclinar la cabeza.

Alex tarda en reaccionar, como si estuviera luchando por frenar el beso, y entonces...

—A la mierda... —gruñe, e ignoro lo torturado que parece.

Me toma de la cara. Solo por un breve instante me roza la punta de la nariz con la suya. Luego abre los labios, cálidos e implacables, y los mueve sobre mi boca con desesperación, como si temiera que en cualquier instante este fuera a acabarse de repente y un rayo fuera a partirnos en dos. En cambio, eso no sucede, y una fulgurante oleada de calor se aposenta en mi estómago y me sube por la garganta. Su lengua, acentuada por la curva dura de su *piercing*, me arranca un gemido de placer.

Mi corazón da volteretas en mi pecho.

¡Dios mío!

La presión que Alex ejerce sobre mi boca aumenta en un ardiente torbellino de emociones que me deja sin aliento y queriendo más.

No puedo controlarme: sus manos en mi pelo, su aroma intenso y a regaliz en mi nariz, en mi paladar..., todo hace que mi cuerpo sea quien tome las decisiones antes que mi yo racional.

Hundo mis manos bajo la camiseta de Alex y masajeo el contorno duro de su

vientre distribuido en sexys cuadraditos. Enseguida, Alex se pasa apresurado la camiseta por la cabeza y de inmediato vuelve a besarme. Yo hago lo mismo con mi top y me quedo en sujetador, uno de encaje blanco.

Alex gruñe y suelta un silbido de apreciación.

—Mi favorito... —ronronea.

—¿Te gusta? ¿Quieres probártelo? —le ofrezco divertida.

—Prefiero quitártelo —murmura sobre mi cuello. Luego se desliza sobre la curva de mi garganta y deja un reguero de besos calientes y húmedos por mi piel. A continuación, despeja la mesa por detrás de mi espalda, y me tumba con suavidad. El corazón se me desboca—. Prefiero quitártelo todo, mi musa.

Para demostrar sus palabras, baja la cabeza hasta mi pecho y con sus incisivos tira de la delicada tela del sujetador, primero de un lado y después del otro sin perderme de vista. Su cabello me hace cosquillas en el escote y me río, pero rápidamente me callo al sentir cómo succiona uno de mis pezones. Mi visión se emborrona.

Comienzo a retorcerme sacudida por el tifón de emociones contradictorias que me sobrepasa, y rodeo con mis piernas la cintura de Alex, porque lo quiero más cerca, piel con piel.

Alex está más o tan excitado como yo, puedo sentirlo por el tamaño de su entrepierna rozando la mía. Un placer inmenso me llena. Clavo las uñas en la espalda de Alex y él inspira ruidosamente.

—No tenemos mucho tiempo, mi musa —me recuerda con la voz rota de deseo. Es evidente que le cuesta concentrarse.

—¿Tienes miedo? —le reto.

Alex lleva una mano hasta el punto medio de mis muslos, lo acaricia como a los pétalos de una flor, y de inmediato me arqueo hacia arriba.

Por unos segundos la habitación se desvanece y todo cuanto puedo ver es la oscuridad que me dejan mis párpados cerrados. El placer que me produce aquella breve fricción hace que mi conciencia se diluya por un puente lejano allá en mi mente.

—Tengo trabajo, pero me he escapado —susurra Alex sobre el contorno de mi mejilla acalorada en un tono sexy y mitad gruñido animal. Su aliento esparce diminutos golpes de aire caliente hasta mi barbilla y continúa hasta la comisura de mi boca. Roza mis labios con los suyos, pero no me besa. Eso me tortura más que todo lo demás—. Y me estoy tirando a mi novia en el despacho de mi jefa. Rebeca, yo diría que soy un tipo bastante atrevido.

—Está bien, Alex. Entonces... cierra el pico y hazlo ya, por favor —le urjo impaciente. Los días sin sexo me han vuelto más agresiva, si no lo hacemos ahora, siento que me desmoronaré y perderé mi confianza.

Alex me besa en la frente y se separa un momento para bajarse la cremallera de los pantalones. A continuación, se coloca entre mis muslos. Lentamente y a medida que su cuerpo desciende sobre el mío, noto la presión de su miembro caliente y

levantado.

Aprieto los dientes. Jadeo. Me tenso. Ya está todo dentro. Entonces, Alex busca mi asentimiento y comienza a moverse, primero despacio y después a un ritmo más fuerte, intenso, apasionado, desgarrador.

Se me escapa un gemido tras otro mientras las lágrimas se me deslizan por los ojos, pero no de dolor, sino de pura felicidad. Acaricio los pectorales de Alex hasta alcanzar sus hombros, y él inclina su cuerpo para acogerme mejor. Le beso de nuevo, ansiosa por absorber y disfrutar del sabor de su boca otra vez.

Ambos estamos bailando una danza animal, apartamos todos nuestros sentimientos en ello, olvidamos nuestros recuerdos más agri dulces y solo nos dejamos llevar por los movimientos desesperados del otro.

Un jadeo profundo brota de mi garganta al cabo de unos minutos. Mi espalda se arquea y tanto Alex como yo nos venimos al unísono. A continuación, una última descarga eléctrica de placer deja nuestros cuerpos palpitando y paulatinamente desaparece a pequeños saltos, como el vaivén del mar sobre la arena de playa. Alex me alborota el pelo, me besa y luego se deja caer sobre sus musculosos antebrazos por encima de mí, con cuidado de no aplastarme con su peso.

Justo en ese momento alguien llama a la puerta. Ambos nos miramos e intercambiamos un mensaje silencioso. Solo la adrenalina consigue que nos movamos rápido y empecemos a vestirnos como si la vida nos fuera en ello.

Los golpes en la puerta aumentan de fuerza y es Alex el que primero acude a abrir para darme tiempo a pasarme de nuevo el top por la cabeza.

Es Sara.

—¿Todo bien? —pregunta, aunque es evidente que no espera una respuesta—. Dile a tu bombón que una de sus amigas la está buscando. En cuanto a ti —dice, y empuja a Alex repetidas veces en el pecho hasta que se abre camino al interior de su despacho—, tenemos que hablar, cuando haya terminado de ventilar este sitio. ¿Comprendes lo que quiero decir, tesoro? —inquire Sara en un tono amenazante a Alex.

—¿Qué ocurre? —intervengo preocupada. Acabo de recordar que Laura fue a vigilar a Marta.

Sara no me contesta y comienza a recoger todo el estropicio que hemos provocado Alex y yo. Estoy tan inquieta que ni siquiera consigo ruborizarme.

No pierdo más tiempo. Salgo hacia fuera para ver quién es y lo que sucede. Entonces veo sola a Laura. Está plantada en medio del pasillo, llorando.

—¿Qué ocurre? —repito, solo que esta vez le pregunto directamente a ella. Empiezo a temerme lo peor—. ¿Dónde está Marta? —digo, y miro por encima de ella.

Las palabras se atascan en mi garganta, quemándome como brasas.

—¿Dónde está Marta? —insisto mucho más alto. Noto como Alex me toma de los hombros, pero ni siquiera aquello logra calmarme.

—Lo siento —dice Laura, y se desploma de rodillas—. No pude hacer nada.

«No pude hacer nada, no pude hacer nada, no pude hacer nada...»

¿Qué significa lo que me está contando Laura?

Un temblor nervioso sube por mis piernas y solo el sostén que me proporciona Alex me mantiene en ese momento en pie.

Capítulo 13

BECA



Tengo los ojos tan apretados que comienzo a marearme. Junto las manos sobre mi rostro y dejo caer de forma repetida mi cabeza de adelante atrás en el respaldo del asiento del coche.

«¡Dios mío! Espero que Marta no vaya a hacer una locura por Carlos», pienso preocupada.

—Gracias por llevarme, Alex —agradezco en una voz queda. Por esta noche su turno de trabajo ha terminado; a pesar de ello, todavía tiene pendiente hablar con Sara, y ella no estaba precisamente de buen humor cuando la dejamos en el Florida Night. Noto un ramalazo profundo de culpa. Me sabe mal por él, aunque Alex no demuestre su preocupación por el tema—. Siento que cada día que pasa estoy más en deuda contigo. Buscaré el modo de compensarte por lo de hoy —prometo.

—Eso me gusta. Ya hablaremos de los intereses... —bromea Alex. Hace una pausa mientras adelanta al coche que tenemos delante y después gira a la derecha el Aston Martin—. ¿Estás segura de que Marta está en la azotea del Círculo de Bellas Artes? —pregunta en un tono grave.

La manera en la que lo dice es directa, sin rodeos, e intuyo que trata de hacerme hablar para distraerme.

—Creo que sí. Siempre que está preocupada acude a lugares altos para calmarse... Durante el verano del año pasado fuimos bastantes veces al Círculo de Bellas Artes a ver películas. Le encanta la azotea de allí, pero por si acaso Laura ha ido a mirar por otros sitios en los que hemos estado juntas antes. Xavi la acompañará —añado, y luego asiento, más que para Alex, para mí misma.

—¿Estás bien, Beca?

Respiro hondo, no quiero dejarme llevar por la preocupación todavía. Noto como Alex busca mi mano derecha, entrelaza sus dedos con los míos y se lleva nuestros nudillos a la boca. Una calidez reconfortante se desliza por mi piel. Me obligo a sonreír.

—Estoy bien —respondo.

«No, no estoy bien», pienso.

Alex lanza un suspiro largo y sonoro.

—¡Eh, Beca! No he visto en toda mi vida a una mentirosa más mala y adorable

cuando miente como tú —murmura en tono divertido.

Antes de que pueda responder a su comentario, veo el edificio del Círculo de Bellas Artes: «la ciudad en miniatura» del famoso arquitecto Palacios situada entre las concurridas calles Alcalá y Gran Vía de la capital, y exclamo llena de alivio:

—¡Ya estamos!

El rostro de Alex se vuelve distante.

El corazón se me sacude por la tensión.

Aprieto los labios.

Ni siquiera espero a que Alex acabe de apagar el motor del Aston Martin y, de inmediato salgo apresurada hacia el exterior, casi tropezándome con los tacones de mis zapatos rojos.

Hay algo parecido a la magia cuando traspasas las puertas de cristal de la entrada, y se respira un cierto aire bohemio, casi parisino. Siento una inmensidad en el pecho similar a la que se percibe al entrar en los grandes templos, solo que aquí lo que se ofrece es rito a la cultura en su sentido más amplio de la palabra: a las artes plásticas, al vídeo y la imagen, a la fotografía y a la arquitectura y el diseño.

A pesar de que esta no es la primera vez que entro en el Círculo de Bellas Artes y he visto otras obras arquitectónicas tan altas como rascacielos mucho más impresionantes, su estructura, una clara referencia a los transatlánticos que proliferaban por aquella época, cuando se fundó en el siglo XIX, desprende algo especial que hace bombear más rápido la sangre por mis venas.

«Marta tiene que estar aquí», me digo convencida de ello.

Saco mi móvil del bolso y lo agarro con fuerza. Siento la presencia de ella por todas partes en este lugar, como si hubiera dejado una estela de su esencia a su paso.

No obstante, todo el entusiasmo que he sentido se esfuma rápido en cuanto descubro que se ha formado una cola inmensa de chicos jóvenes y turistas, los cuales intuyo que también esperan subir a la azotea esta noche y disfrutar de las vistas nocturnas de la ciudad.

Una oleada intensa de sentimientos contradictorios me golpea en la cara y me hace empalidecer. Pero esta sensación es rápidamente remplazada por un suceso inesperado.

De repente, Alex aparece por detrás igual que una corriente de aire y tira de mí en dirección al amplio vestíbulo sin detenerse. Juntos atravesamos a toda velocidad la fila sin que nadie nos prohíba el paso hasta el ascensor. Cuando miro hacia atrás todavía boquiabierto, descubro que uno de los chicos de recepción, que viste una camiseta con el logotipo del Círculo de Bellas Artes, hace un saludo a Alex.

—¿Le conoces? —pregunto estupefacta y demasiado intrigada.

Alex bosteza soñoliento y se frota los ojos.

—He sido unas cuantas veces DJ invitado aquí —explica en tono distendido. Yo no puedo estar más asombrada—. El tío que has visto antes es un colega mío que me cuela gratis cada vez que quiero ver una exposición que me interesa y, a cambio, tiene

barra libre en el Florida Night cada vez que se pasa por allí. Pura simbiosis —concluye, y vuelve a bostezar.

Parece que esta noche no puedo dejar de sorprenderme con Alex. Sus conexiones están por todas partes, como hilos de araña que hubiera extendido desde hace mucho tiempo con meticulosidad.

En un gesto distraído, Alex se estira para frotarse los tensos músculos de la nuca mientras esperamos a que baje de nuevo el ascensor que sube a la azotea. Tiene la mirada perdida, como si él también estuviera inmerso en sus propios pensamientos: tal vez en Hugh, tal vez en sus padres o... tal vez en nada en particular. Es complicado de adivinar. Como siempre, Alex tiene esa capacidad absoluta para decidir cuándo, dónde y con quién quiere revelarse a sí mismo.

Cuando llegan esos instantes, se convierten en pequeñas joyas que guardo celosamente entre mis recuerdos.

—¿Por qué decidiste convertirte en DJ, Alex? —pregunto.

Inquieta, me retuerzo de manera repetida las gomas de pelo que llevo en la muñeca derecha. El ascensor todavía no ha bajado, y a nuestro lado hay más personas esperando a subir.

Alex juega durante unos segundos con su *piercing* antes de contestarme.

—Empezó como un *hobby* en el instituto, pero me lo tomé más en serio cuando Carlos me pidió que le enseñara a pinchar. Joder..., el tío era un desastre total. —Sonríe como si acabara de llegarle un recuerdo especialmente divertido, me quedo contemplándole con admiración. Cuando está relajado o habla de lo que le gusta, todas sus expresiones se suavizan y los ojos le brillan—. Para ser DJ, lo primero que aprendes es que no te basta solo con saber manejar un programa de ordenador, tienes que controlar todas las plataformas, tener un conocimiento musical extenso y un sentido del oído y el de la vista muy agudizados. Tu público tiene que vivir su momento de euforia y sentir el sonido golpeando en su pecho... —Se queda callado un instante y me mira directamente a los ojos—. Cuando me escapé de casa, Carlos ya trabajaba en el Florida Night. Él fue quien convenció a Sara de que me hiciera una prueba en su local. La pasé y ella me contrató de inmediato.

El hecho de escuchar lo mucho que Alex le debe a Carlos me hace pensar más en Marta y me pongo nerviosa, de tal modo que no me percaté de que ya está el ascensor hasta que Alex me empuja con suavidad hacia dentro.

—Joder..., esto sigue siendo una lata de sardinas —comenta. Y tiene razón: las paredes lisas de metal me recuerdan más a un montacargas—. ¿Cómo vas, sardinita? —pregunta en tono guasón y me da un pequeño golpecito en la cabeza con su frente.

Me froto la nuca y alzo la vista. Tiene una mirada sospechosa en la cara que me hace recelar, y no tardo en comprobar por qué. Al momento siguiente siento las manos de Alex en movimiento por mis muslos desnudos.

Me contraigo sobre mí misma y me muerdo a tiempo el labio inferior para no soltar un jadeo cuando sus dedos pellizcan de forma descarada mis nalgas. Aun así,

no logro frenar un brinco involuntario y el ascensor se sacude.

Varias personas a nuestro alrededor me dedican una mirada de advertencia para que me quede quieta.

Alex, en cambio, tiene los ojos clavados en el techo, como si el asunto no fuera con él, a pesar de que sus manos continúan en el mismo lugar, escondidas bajo mi falda y haciendo maldades.

Decir que estoy a punto de convertir esto en una fritura de sardinas es poco. Una fuerte corriente de pudor enciende mis mejillas. El calor me derrite por dentro y por fuera me hace sudar.

Estamos rodeados de turistas, y cualquier otro movimiento extraño que realicemos podría alertar a las personas que están más cerca sobre lo que sucede entre nosotros. Alex introduce un dedo por la tira lateral de mis bragas, juega unos segundos con ella y la suelta de golpe.

La sensación es tan estremecedora que creo que las mariposas de mi estómago acaban de convertirse en madres.

—¡Estate quieto, Alex! —mascullo entre dientes muy tensa.

—Yo estoy quieto, Beca —susurra él en el mismo tono bajo y prudente, pero no consigue enmascarar del todo su regocijo—, son mis manos las que están vivas —se justifica, como si de verdad aquello lo torturara mucho más a él que a mí, y entonces me da unas palmaditas en el trasero—. ¿Lo ves?

¡Ay, Dios mío! Me está volviendo loca.

Decidida a parar esto, me pongo de puntillas, le agarro de la camiseta a la altura del estómago para apoyarme y, con toda la confianza que soy capaz de reunir en ese momento, pego mi boca a su oreja derecha para que me oiga bien.

—Pues mata rápido a esas manos, Alex. O te juro que yo lo haré antes —contesto con la mandíbula apretada. No obstante, me lo pienso mejor y añado—: Lo siento, Alex, pero no estoy de humor. Tenemos que encontrar a Marta primero.

Cuando me separo, las puertas del ascensor ya se abren y la gente empieza a salir.

—Disculpe, ¿su ticket? —pregunta un chico con pinta de camarero, y la cabeza rapada por un lateral.

El corazón se me cae a los pies.

¡No tengo ticket!

Una marea de sudores me recubre todo el cuerpo, ya de por sí pegajoso. Y yo solo puedo pensar en el modo de encontrar a Marta, porque eso es lo único que me importa ahora.

De nuevo, Alex acude en mi rescate y logramos pasar a la azotea.

Una cabellera corta que me recuerda a Marta hace que eche a correr. Un torrente de emoción estalla en mi pecho a medida que me aproximo. Tiene que ser ella.

—¿Marta? —pregunto, y la toco el hombro.

La chica se da la vuelta con expresión de sorpresa y descubro con desilusión que no es Marta, solo alguien que se le parece.

A pesar de que el espacio es pequeño, hay demasiada gente aquí arriba para poder identificar a Marta con facilidad. Y a medida que pasan los segundos y recorro el mobiliario, sillones, faroles y mesas iluminadas, mi esperanza de encontrarla allí va disminuyendo. Empiezo a sentir que uno de los toldos compuesto por una red de color tierra, que se sujeta sobre varias pérgolas para cubrir a los visitantes del sol, se me va a venir encima.

Alex me masajea la espalda para infundirme ánimo.

—¿Algún mensaje o llamada de Laura? —pregunta.

—No, todavía no han dado con ella —respondo despacio—, y tampoco ha regresado a casa.

—Vamos a encontrarla, Rebeca —afirma Alex con tal convicción que me relajo un poco y le creo—. ¿Hay algún otro lugar en el que creas que pueda estar? —inquire.

Estoy a punto de decirle que tiene que estar aquí, cuando me parece ver entrar a Marta, o a alguien que se le parece mucho, en los baños.

De inmediato, dejo atrás a la estatua de Minerva, diosa de la sabiduría y las artes, y me apresuro para comprobar si se trata de mi amiga. Alex me sigue de cerca, pero cuando alcanzo los servicios, se detiene. Le miro un instante y él lanza un puño al aire para desearme suerte.

Marta ya se ha metido dentro de una de las cabinas de los servicios, pero pruebo de todos modos.

—¿Marta? —pregunto—. ¿Marta? Soy Beca. ¿Estás dentro?

Pego la oreja a la única puerta que está cerrada y logro escuchar un sollozo bajo que me resulta familiar.

Respiro con fuerza, porque estoy casi segura de que esta vez no me he equivocado.

—Sé que estás ahí dentro, Marta —digo mucho más alto—. Sal afuera y hablemos. No puedes quedarte en el baño toda la vida y convertirte en *Myrtle, la Llorona*.

Espero unos segundos.

—No quiero hablar con nadie —responde al fin Marta en un tono brusco.

—Entonces no deberías enviarme un mensaje diciéndome dónde te encuentras —rebato, y doy con la esquina del móvil un golpecito a la puerta de la cabina.

Esta se abre y una figura desaliñada aparece. Marta ha cambiado tanto en el transcurso de unas horas que me cuesta reconocerla. Sin decir nada más, la abrazo.

A veces, las palabras sobran.

Capítulo 14

BECA



Sigo abrazada a Marta hasta que, al cabo de un minuto, empiezo a notar algo raro en ella. Cada vez se vuelve más pesada en mis brazos. Las piernas se me doblan y me veo obligada a apoyarme con Marta en la pared de la cabina para evitar que nos caigamos las dos juntas al suelo.

Marta se ha convertido en un peso muerto.

Todas las alarmas de mi cuerpo saltan al mismo tiempo y temo que algo le esté sucediendo después de todas aquellas copas que bebió antes en el Florida Night.

—¡Oh, Dios mío! ¿Marta? —grito de preocupación.

Pero ella no me responde, se acaba de quedar completamente dormida en mis brazos y más tesa que la Bella Durmiente. No puedo creerlo. Me echo a reír, porque esto es demasiado surrealista y porque sobre todo no sé cómo lo voy a hacer con ella ahora.

—¿Qué ocurre? —pregunta Alex tenso desde fuera. Intuyo que ha debido de oír mis gritos.

—Nada —respondo rápido para calmarlo. A continuación, impulso a Marta hacia arriba, para que no siga resbalándose por la pared—. ¿Marta? —vuelvo a probar.

Luego le giro la cabeza para darle unas palmadas en la cara, pero me detengo al instante con una arcada de asco: un pegote extraño de baba le resbala por la comisura derecha. Al mirar con más atención descubro que en realidad son restos de vómito.

—¡Oh! ¡Dios, tía! —exclamo con el estómago mareado. Bajo la vista hasta el inodoro y descubro dónde está el resto—. Mierda... —maldigo fuera de mí, y al momento siguiente me arrepiento de haber soltado aquella palabrota. Se supone que como hermana mayor de mis tres hermanos siempre debo dar ejemplo delante de quien sea.

—¿Estáis bien? —insiste Alex. Espero que no me haya oído maldecir, porque estoy a punto de hacerlo de nuevo.

—Sí —respondo con la voz quebrada.

Marta abre la boca y suspira largo. El aliento me tapa los agujeros nasales por un instante. Siento que voy a morir por la peste.

Agunto otra arcada a duras penas. Jadeo. Me estremezco.

—Eso suena como que necesitáis mi ayuda —oigo decir a Alex—. Entro.

—¡Oh, Dios mío! No, no entres, Alex —le advierto. Pero ya es demasiado tarde, él ya está dentro del baño y echa a andar acelerado en cuanto me ve.

No obstante, algo le retiene antes de dar el último paso, como si acabase de chocar contra una gruesa pared de acero.

—Joder, Rebeca, aquí huele como un puto tanque lleno de mierda. ¿Qué le pasa a ella? —dice con la nariz tapada con una mano, y con la otra señala a Marta.

Resoplo para quitarme el pelo de la cara y trato de levantar un poco a Marta, que de nuevo vuelve a resbalarse de mis manos de forma desastrosa. No dejo de sudar.

Marta me lleva una cabeza de altura, y siento que me estoy quedando sin fuerzas.

—Te pedí que te quedaras fuera, Alex. Pero ya que has entrado... —empiezo a decir y muestro mi expresión más dulce—, ¿puedes ayudarme con ella? Por favor —ruego mientras trato a la vez de respirar lo mínimo posible el aire viciado de los baños.

Alex menea la cabeza de un lado a otro con reprobación y me dedica tal mirada que me hace enrojecer, no obstante, da un paso hacia delante y con enorme facilidad recoge a Marta en sus brazos. A continuación, se la coloca sobre uno de sus hombros con las piernas por delante. El corazón se me encoge de angustia.

—¿No podrías cogerla mejor? —pido preocupada. No quiero que Marta se golpee la cabeza.

—Si va a vomitar de nuevo, prefiero que lo haga sobre mi culo —gruñe con un obstinado brillo en sus ojos.

Inspiro hondo y asiento. Al menos lo he intentado.

—Solo ten cuidado con ella, por favor —suplico inquieta.

Alex me confirma que no me preocupe con una mirada fría, pero a la vez tranquilizadora. Observo que las arrugas de su ceño se han suavizado y al instante me noto mucho más calmada. Unas pequeñas sombras acarician el rostro de Alex por unos segundos, resaltando sus pómulos y la curva de sus labios, antes de darse la vuelta para salir del baño.

Sí, él nunca haría daño a Marta.

Según avanzamos hacia la salida, nuestro número de mirones por metro cuadrado aumenta, y no es para menos. Podrían estar imaginando lo peor al ver a un desconocido cargar como un saco de heno a una chica aparentemente desmayada. Así que cuando por fin logramos llegar al coche, me siento bastante aliviada y sobre todo exhausta.

—Beca. Por favor, extiende la manta de atrás —ordena—. ¡Oh! Mierda, tu amiga acaba de echarme el aliento encima. ¿Qué diablos ha comido hoy, ratas en escabeche? —dice en tono irritado.

Mientras tanto, yo ya me he encargado de colocar la manta en los asientos de atrás. Alex se agacha e introduce con sumo cuidado la cabeza de Marta en el Aston Martin. Antes de que acabe de cerrar la puerta, le detengo con una mano.

—Iré con ella en los asientos de atrás para vigilarla —explico rápido.

Alex asiente con un gesto serio, y luego rodea el coche para entrar por el lado del conductor. Enseguida enciende el motor y entramos en el asfalto.

—Sabes que tus intereses por deuda han subido, ¿verdad, mi musa? —bromea al cabo de un rato con una mueca tensa.

Estamos cerca de la casa de Marta, pero no puedo dejar que sus padres la vean en este estado, así que le indico a Alex que aparque junto a mi edificio.

—Lo siento. No creí que esto fuera a acabar así —me disculpo avergonzada cuando echa el freno de mano—. Gracias por ayudarnos —digo con sinceridad.

Alex agita una mano en el aire para quitarle importancia y se carga de nuevo a Marta sobre la espalda. La facilidad con que repite la maniobra hace que comprenda cuán fuerte es Alex. Me fijo en su musculatura tensa, desde la mano con las venas marcadas por la posición, pasando por su antebrazo hinchado y finalmente por la curva del codo.

Suelto un suspiro involuntario y Alex se gira intrigado.

—¿Estás bien? —pregunta preocupado.

—Sí..., solo estoy algo cansada —baluceo de prisa.

—Bien, porque no creo que ahora mismo pudiera con dos —responde Alex con una sonrisa cansada y sincera.

Ha faltado poco para que me sorprendiera mirándolo embobada. Me llevo una mano al pecho y, en cuanto se gira, continúo con mi escrutinio privado de Alex.

Agotada o no, mis ojos están bastante despiertos y no me pierdo detalle de cómo esos vaqueros se estiran y se aflojan sobre sus largas piernas a medida que camina.

—¿Debo cobrarte por mirar? —dice de pronto Alex, cuando le sostengo la puerta para que entre en el portal.

«¡Oh, Dios mío! Me ha pillado», pienso turbada.

Trago saliva. Aunque no puedo comprobarlo, estoy segura de que un fuego ha estallado en mis mejillas. El calor repentino que siento en ellas me hace pensar que así es.

Me aclaro la garganta.

Alex suelta el aire por la nariz, con un sonido parecido a una carcajada burlona, pero yo ya estoy demasiado entretenida en buscar un pañuelo en el bolso para limpiar la boca de Marta, que vuelve a estar sucia. No le digo a Alex que tiene una mancha bastante visible en la parte de atrás de su camiseta debido a ello, con la esperanza de que esta se seque antes de que se percate.

Salimos del ascensor y vamos hasta mi puerta intentando hacer el menor ruido posible. No obstante, cuando estoy a punto de introducir la llave por el cerrojo, Marta pega un chillido que nos deja sordos a todos.

Inclusive Alex da un salto y maldice por lo bajo.

De pronto la puerta se abre y, desde la entrada, mi madre nos mira de hito en hito.

Siento como mis explicaciones se multiplican en la cabeza a la velocidad de la luz y como un fuerte dolor de estómago empieza extenderse por el resto de mi cuerpo.

Capítulo 15

BECA



Marta gruñe, nos lanza una mirada ebria a todos y de golpe, tal como se ha despertado, vuelve a caer dormida como si nada hubiera sucedido. Sin embargo, yo ya estoy que me tiro de los pelos.

Mis palpitaciones son altas, fuertes, profundas. Un caos en medio de otro caos aún más real.

Levanto otra vez la vista hacia mi madre y me encuentro con sus ojos oscuros, que pasan por encima de cada uno de nosotros hasta detenerse en Marta. Se entrecierran lo que me parece una eternidad.

Contengo el aire en los pulmones durante todo ese tiempo.

—¿No vais a entrar? —nos pregunta mi madre casi en un susurro.

Aquellas simples palabras me sacan de mi estado semitaciturno, y no me dejan mucho más tranquila. Mamá lleva puesta la bata vieja de color amarillo limón, que debería haber tirado a la basura hace tres años, y observo que el pelo le cae por los hombros en forma de ondas fantasmales, acentuadas por las canas que está decidida a no ocultar con tintes.

—Sí —respondo titubeante y obligo a mi cuerpo a moverse.

No obstante, cuando al pasar por delante de ella noto lo pálida que está y las ojeras marcadas en exceso bajo sus ojos, me detengo de forma abrupta, con lo que inconscientemente obligo a hacer lo mismo a Alex.

Solo por un poco, Marta no se le resbala del hombro.

Alex no maldice esta vez, intuyo que por consideración a mi madre, pero me lanza una mirada llena de significado.

—Será mejor que la llevéis a la ducha —interviene mi madre, refiriéndose a Marta. Por alguna extraña razón evita mirarme directamente a los ojos, y eso me preocupa demasiado—. Prepararé mientras tanto café para todos —informa, y se marcha hacia la cocina antes de que pueda detenerla y preguntar.

Alex asiente de inmediato casi con solemnidad, y carga con Marta hasta el plato de la ducha. Solo cuando he lavado y acostado a Marta en mi cama, y Alex se ha quedado dormido en el sofá, logro estar a solas con mi madre en la cocina y preguntarle por su salud.

—Estoy bien, hija —responde ella mientras lava las tazas que hemos dejado en el

fregadero.

Su voz suena mucho más firme que hace un momento, pero mi mal presentimiento no ha desaparecido, solo se atenúa.

Me sitúo a su lado y comienzo a secar las tazas que ya están limpias, porque sé que no importa cuántas veces le diga que mañana me encargaré de lavarlas yo misma. Lo único que puedo hacer es ayudarla para que el proceso dure menos tiempo.

Mientras ambas trabajamos en silencio en el fregadero, me fijo en sus manos callosas, que se han convertido en sus propias cicatrices de guerra. La prueba de todo lo que ha luchado por nosotros, por sacar a esta familia adelante, y siento el imperioso impulso de abrazarla por la espalda. Ella es la heroína de nuestra casa, aunque se empeñe en negarlo, y me alegro de haber podido ayudar un poco en su tarea durante estos años sin papá.

—Lo hemos conseguido, mamá —murmuro dividida entre el alivio y la emoción contenida. A continuación, la abrazo tal como había imaginado en mi cabeza, como una hija que necesita de su madre, pero también como una madre que necesita a sus hijos.

Su cuerpo se tensa al principio, pero luego se relaja de manera progresiva. Se ríe en voz baja, e intuyo que no quiere despertar a nadie, en especial a Alex, que está durmiendo justo al lado en el salón y podría oírnos.

—Sí —concede mi madre. Ella sabe que me refiero a las deudas—. Tu padre me llamó para contarme todo lo que Alex había hecho por nosotros. Es un buen chico —reconoce. Una oleada de orgullo me recorre por dentro y apoyo la mejilla en su espalda. Ella se seca las manos con un trapo y la noto titubear—. Espero que sus padres también vean en mi hija lo mismo que yo veo en su hijo, cariño.

Se suelta con cuidado, se gira y me toma del rostro para que la mire directamente a los ojos.

La claridad de su mirada me impacta y me deja aturdida.

Mi pulso se acelera.

—No importa lo que digan de mí o de tu padre, mi vida. Pero jamás aceptaré a quienes hagan daño a alguno de mis hijos. Eso dalo por descontado. —Me besa en la mejilla y antes de soltarme me peina una ceja con suma ternura. Siento como los ojos me escuecen de emoción—. Por eso sé fuerte, Rebeca. Aun si algún día no estoy con vosotros. Estoy orgullosa de ti. —Su voz se resquebraja un poco.

Ella me sonrío con calidez; a pesar de ello, no puedo evitar sentir un hoyo profundo en mi pecho de inquietud tras oír esas palabras, pero le sonrío también y hago un gesto afirmativo con la cabeza.

Respiro fuerte. Quiero preguntarle más sobre papá, pero no me veo ahora mismo capaz.

—Seré más fuerte, mamá —prometo—. Yo también estoy orgullosa de ti. Gracias por aceptar a Alex. Sé que no ha sido fácil.

A continuación, mi madre me da las buenas noches y se marcha a su habitación.

Tengo un nudo en la garganta, como si me hubiera tragado un ovillo de lana y no hubiera forma de escupirlo. Por un instante, al verla marcharse por el pasillo, me ha parecido ver su silueta más delgada y frágil que nunca.

Invadida por un millar de emociones que todavía no he asimilado, me detengo frente al salón y entro. Escucho la respiración familiar de Alex durante unos segundos: es profunda, y observo que sus facciones están relajadas como las de un bebé, así que decido no despertarlo. En su lugar, lo cubro con una manta que hay sobre el reposabrazos y, antes de alejarme, le beso en la frente. Él se revuelve en sueños y me parece escucharle decir mi nombre; no obstante, regreso a mi habitación, con la sensación de que me he dejado medio corazón atrás con él.

Cuando entro en el cuarto, descubro a Marta espatarrada en mi cama, con el edredón acumulado hecho un montón en los pies. Divertida, tomo el edredón y vuelvo a taparla. Luego me quedo contemplándola un largo rato, incapaz de dormir. Siento que esta noche son muchas las decisiones que debería tomar y que algunas de ellas todavía no las conozco.

—¡Eh, tía! Deja el mal rollo. Voy a convertirme en estatua si sigues mirándome así —escucho que dice Marta todavía con los ojos cerrados.

Me llevo una mano al corazón por el susto.

—Así, ¿cómo? —pregunto cuando recupero la voz.

Marta abre los párpados, me examina con el ceño fruncido y luego entorna los ojos.

Le devuelvo la mirada sin saber a qué se refiere, y ella meneaba la cabeza.

—Eh..., Beca. ¿Dónde has dejado a tu príncipe azul? —pregunta en un tono titubeante, y deja el tema pasar.

—Se ha quedado dormido en el salón —respondo despacio.

—¿Y a tu madre no le importa que se quede? —pregunta extrañada con las dos cejas levantadas.

Me ruborizo un poco.

Marta se reincorpora en el colchón con una risilla de placer.

—Tranquila, solo bromeaba.

Me quedo callada mientras me pongo el camisón.

Ella suspira.

—Creía que te tenía envidia —reconoce de pronto Marta en voz muy baja—, pero en realidad solo me siento sola y horrible.

—¿Perdón? —pregunto, y me giro hacia ella. No estoy segura de haberla oído bien.

—Tienes una familia estupenda... —empieza a decir, e ignora mi comentario. Su cara se entristece—. Ahora ya eres oficialmente universitaria y veo que te va tan bien con Alex que... ¡Mierda, tía! —se interrumpe—. Me ha dado un bajón y no paro de hablar de chorradas. —Suspira fuerte—. No me malinterpretes, no es que no me alegre por ti y todo lo vuestro. —Resopla—. Te mereces todo lo bueno que te está

pasando e incluso más. —Resopla de nuevo y se quita de encima el edredón, como si este le molestase mucho—. Pero desde que Carlos me dejó por esa ardilla pecosa, no consigo despegar del suelo, es como si todo estuviera yendo de mal en peor. Ni siquiera podré ir a la universidad como vosotras porque no pasé la prueba de acceso, y no puedo evitar sentirme como me siento. En especial hoy, cuando he visto en el Florida Night a Carlos sonriendo a ese putón. Estoy muy rayada.

Me quedo callada, y espero por si quiere seguir diciendo más cosas, pero ella no lo hace. Tiene mal aspecto.

—Lo siento, no sabía que te sintieras así, Marta —me disculpo con un poco de remordimiento. He estado tan enfrascada en mis propios problemas que apenas he podido ver nada más. Le doy unas pequeñas palmadas en el hombro.

Ella suelta una risilla y noto como aguanta las lágrimas en sus ojos enrojecidos.

—No eres tú la que debe disculparse, y tampoco Laura —aclara con una expresión de frustración y se limpia las lágrimas silenciosas, que ya no logra controlar por más tiempo—. Siento mucho haber sido un desastre de amiga durante estas últimas semanas —se disculpa—. Antes os dejé solas a ti y a Laura, y ni siquiera pude enrollarme con ese camarero tan guapo. Le vomité encima, y Dios, ¡no te imaginas de qué manera! Parecía las cataratas del Niágara. —Se ríe un poco más alto—. ¡Jo, tía! Estoy hecha una mierda —lloriquea y, a continuación, hunde la cara en la almohada.

Me siento a su lado en la cama y le masajeo la espalda hasta que su cuerpo deja de sacudirse. Al cabo de un rato, gira la cara hacia mí.

—¿Qué le respondiste? —pregunta. Tiene la voz quebradiza, como si le hubieran pasado una lija por la garganta.

La miro sin entender.

—No comprendo —digo en voz alta.

—A Alex —especifica Marta—, sobre vivir con él.

Pestaño y, antes de responderle, me encojo de hombros.

—Nada, no he tomado aún una decisión —confieso.

—Entiendo —dice Marta despacio, reflexiva—. ¿Y lo has hablado con tu madre? —inquire.

Aquella inesperada pregunta hecha a altas horas de la madrugada me sienta como un puñetazo en el estómago.

—No —respondo al fin. La imagen de mamá diciéndome lo orgullosa que está de mí me viene a la mente con toda claridad. Me cubro con las manos la cara y tomo una calada de aire—. Siento que si me voy de esta casa, estaré traicionándola de algún modo. No puedo dejarla al cuidado de mis tres hermanos, todavía tan pequeños.

De repente, Marta me sorprende por la espalda y me abraza.

—Tía, pero si te quedas aquí con esos pensamientos, también estarás traicionándola de algún modo —dice—. ¡Mierda! Una chica como tú que lo ha hecho todo por los demás, solo le queda echar a volar del nido para brillar más fuerte. Es el

momento de que confíes también en tu hermano Víctor, Beca. Se le ve a la legua que desea más que nadie ser el hombre de la casa, e incluso por si estás cegata y no lo has visto, él ya tiene un buen polvo.

—Marta... —le reprocho.

Mi amiga se echa a reír.

—Ya, ya... —Hace una pausa, como si estuviera pensando lo que va a decirme a continuación de la mejor manera posible—. Escucha, tía, si haces algo con todo el corazón y aun así te equivocas, puedes vivir con ello. Pero no puedes vivir con todo lo que nunca hiciste. Siempre te quedará el remordimiento, ¿entiendes?

Acto seguido, me suelta, se echa de nuevo en la cama y se hace un rollo sobre sí misma con el único edredón que hay. Me quedo unos segundos contemplándola embobada, tal como estaba al principio cuando entré. Y entonces siento el repentino impulso de levantarme.

Abro la puerta.

Echo a correr tan rápido como puedo sin hacer ruido hasta el salón.

Entro y muy sigilosa me aproximo al sofá.

Alex abre los párpados y se queda mirándome muy fijo, como si pudiera leer mis pensamientos. El vello de la nuca se me eriza.

De repente, levanta la manta con una mano en una clara invitación.

Un estremecimiento mucho más intenso me recorre el cuerpo y se asienta en la boca de mi estómago cuando me coloco junto a él. De inmediato, me atrae a su pecho, pero siento que todavía no es suficiente. Me giro y lo beso en los labios. Son carnosos y están suaves. Lo beso mucho más fuerte hasta que abre la boca.

Las manos de Alex se convierten en pocos segundos en serpientes por mis caderas y me instigan a apretar los muslos para contener el torrente húmedo de mi deseo. El corazón me golpea en el pecho con la fuerza de un martillo. Alex me despoja de las bragas y me coloca de espaldas en el sofá con mucho tacto. Sus ojos lanzan destellos hambrientos en la penumbra. Me estremezco. No hay modo de que podamos hablar en alto y ese riesgo nos excita aún más.

Me besa con adoración en la frente, en las dos mejillas, en la punta de la nariz y finalmente en los labios. Todos son besos efímeros como un suspiro y frágiles como el aleteo de una mariposa.

Pero esto es solo una introducción de lo que está por venir. Sin previo aviso, Alex tira de mis piernas sobre sus hombros y mete su cabeza entre mis muslos. Me tenso involuntariamente y empiezo a temblar cuando el *piercing* de su lengua aprieta duro una y otra vez en el punto más sensible de mi cuerpo. Una ola seguida de otra mayor se propaga por mi vientre y sube hasta mi garganta, y no se detiene hasta que he temblado de pies a cabeza.

Alex se saca los pantalones junto con los bóxers; a continuación, se recoloca sobre mi cuerpo y luego se hunde en mí. Jadeo más fuerte al sentirlo dentro, y Alex introduce un dedo en mi boca para silenciarme, a medida que se mueve de adelante a

atrás más rápido. Luego me sujeta más estrechamente, embriagándose con su fragancia dulce y de pasión. Cuando alcanzo el orgasmo, la satisfacción se extiende por mi rostro, alisando cada arruga. Solo entonces, él rueda a mi lado y crea una crisálida con nuestros cuerpos.

—Mañana hablaré con mi madre, Rebeca, y le contaré todo —dice lentamente Alex.

Aquella confesión despierta un nuevo sentimiento de miedo en mí, pero no permito que él lo note. Le beso en los labios y luego escondo la cabeza bajo su garganta, con el oído pegado a su pecho. Solo escucho sus latidos pausados, que poco a poco penetran en mí con el mismo efecto que una nana.

Mañana ambos debemos despertar y dejar la crisálida atrás.

Mañana...

Capítulo 16

ALEX



Estiro los brazos al mismo tiempo que doy un largo bostezo y dejo caer la cabeza hacia atrás en el respaldo de la silla, que hay frente al escritorio de mi madre en su despacho.

Siento las piernas entumecidas de estar tanto tiempo sentado mientras solo la escucho hablar con un inversionista tras otro por el teléfono, los oídos me pitan y el dolor de cabeza es una irritante molestia que no me da tregua ni por un solo momento.

Me río con una mueca ladeada y golpeo levemente dos veces la nuca contra el respaldo.

—¿Vas a seguir así? —me reprocha mi madre. Cuelga el teléfono y me mira de arriba abajo.

—¿Y tú? ¿Vas a seguir haciendo como si no estuviera presente? —replico.

Ha estado más de veinte minutos al otro lado de su mesa revisando documentos, y por lo que veo no ha renunciado a trabajar en ellos todavía. Tal vez, como siempre, lo hace así para poner un muro entre ambos y protegerse, para no enfrentarse a mi cara, tan parecida a la de mi hermano, o en este caso, a mí mismo.

«Es admirable», pienso. Después de aquella discusión en Londres, parece haberse recuperado bastante bien, su aspecto es el de una encomiable dama de sociedad.

Pensarlo solo me hace sentir más hastiado por todo lo que debo decirle.

Suspiro.

—Alex... —empieza a decir tensa.

—Veo que estás muy ocupada, mamá. —Señalo con un gesto de la barbilla su escritorio invadido por montañas de carpetas—. No quiero molestarte por más tiempo. Vendré en otro momento. Si me permites... —Comienzo a levantarme.

—Espera, hijo —me detiene.

Noto que una de las comisuras de su boca tiembla ligeramente por un instante en cuanto sus ojos se encuentran con los míos. Está nerviosa.

Es como si se debatiera entre continuar con su castigo o verme marchar.

—Alex, siéntate de nuevo, por favor.

Durante unos segundos, me quedo en la misma postura sin acabar de alzarme, hasta que la veo agarrar con más fuerza uno de los folios.

—Si lo pides tan amablemente... —contesto despacio con la mandíbula tensa, y hago lo que dice sin dejar de observarla, solo porque aún no me ha dado la oportunidad de hablar con ella en serio.

—Tranquilo, hijo, ya he avisado a mi secretaria para que cancele todas mis citas de hoy. —Sonríe y da una palmada que resuena en la sala con un casi inapreciable eco—. Por favor, ponte cómodo. Yo también necesito hablar contigo sobre tu prometedor futuro —informa con excesiva emoción.

De forma instintiva, repiqueteo con los dedos de mi mano derecha sobre una de mis rodillas y hago un par de círculos sobre ella. Al mismo tiempo, echo un fugaz vistazo al cielo nublado que se entrevé por la ventana: no creo que falte mucho para que se desate una tormenta.

—¿Prometedor futuro? —Me echo a reír intrigado por lo que tiene que decirme—. Adelante, te escucho.

Oigo como ella se aclara la garganta con inquietud.

—Gracias, hijo. —Hace una pausa breve y me mira, a pesar de que aún noto que eso le lleva un enorme esfuerzo—. Tu padre y yo hemos hecho planes pensando en ti —anuncia con una sonrisa amistosa de negocios.

—Me abrumba tal honor, mamá.

Mi madre carraspea, y alcanza con una de las manos una carpeta de color negro.

La mandíbula se me tensa de manera sutil, pero no permito que ella se dé cuenta. Mantengo la sonrisa. Ella me mira directamente a los ojos por fin y por supuesto yo acepto la invitación con gusto y se la devuelvo con mayor intensidad e ímpetu.

No va a intimidarme.

—Esta mañana hablé con un doctor conocido de tu padre y organicé una cita —dice de pronto.

Me quito los cascos que llevo al cuello y comienzo a jugar con ellos entre los dedos.

—¿Y? —respondo sin mirarla.

Echo un vistazo alrededor. El despacho de mi madre es bastante frío y parece más el de un hombre que el de una mujer casada y con hijos.

—¿Y? —repite mi madre anonadada. Suelta con sumo cuidado los papeles que sostiene. Los reordena con fingida serenidad sobre otros tantos y anota algo en uno de ellos que no llego a ver, antes de volver a meterlos en aquella carpeta negra—. Solo reúnete con él, es todo cuanto tu padre y yo te pedimos que hagas. Después no volveremos a entrometernos en tu vida.

Suelto una carcajada desde lo más hondo de mi ser y me levanto del asiento agitado por un mal humor que me hierve desde las mismísimas entrañas.

El hormigueo que recorre mi cabeza hace que mi cuero cabelludo duela. Tengo que terminar con todo esto cuanto antes o perderé el control de todas mis emociones.

Me levanto.

Intentar hablar con ella ha sido una completa gilipollez.

—¿Adónde vas? —pregunta mi madre—. No hemos acabado de hablar todavía, hijo —señala en un tono de indignación—. Por favor, siéntate de nuevo. Tengo otra propuesta para ti.

Tardo unos segundos, maldigo por lo bajo y de nuevo tomo asiento, dejándome caer en la silla ruidosamente, para escucharla.

¿Qué demonios querrá ahora?

—Dime —la animo a continuar, quiero oír con mis propias orejas hasta dónde ha sido capaz de planear mi vida.

Veo cómo mi madre se echa también atrás en su silla. Evalúa la forma en la que me he colocado sobre la mía con un gesto reprobatorio, y se dispone a enfrentarse a mí directamente sin papeles de por medio.

Suspira y luego inclina levemente el cuerpo sobre la mesa.

Parpadea.

Aprieta un poco la boca.

Me está sacando de quicio.

Gira su anillo de casada alrededor del dedo, igual que otras tantas veces le he visto hacer a Beca con las gomas que lleva en la muñeca derecha cuando está pensando en algo importante.

Estoy seguro, papá no sabe nada de esta parte de nuestra conversación entre madre e hijo.

—Está bien, Alex. Olvídate de todos nosotros si eso te hace sentir mejor —toma un sobre de debajo de un pisapapeles con forma de escarabajo egipcio—... y ve a Nueva York a estudiar Bellas Artes. Empieza desde cero y regresa cuando termines la carrera. Ya he hablado con algunas universidades interesadas y les he dado tu currículum, y no tienen inconveniente en acogerte.

Inspiro lentamente.

Exhalo aún más despacio.

Miro a mi madre.

Mi madre me mira a mí.

Parpadeo.

Ella parpadea también, y comienza a inquietarse.

Sigo callado, como asimilando un trozo de carne con mal sabor.

—¿Qué te parece, Alex? —comenta titubeante, aunque se esfuerza en sonar entusiasta—. No será por mucho tiempo, pero sí el suficiente para que rehagas tu vida como de verdad quieras. —Hace una pausa y me estudia la cara—. ¿No vas a decir nada? —pregunta.

Me pongo de pie.

Ella también se incorpora.

—Hasta ahora has estado perdiendo el tiempo, Alex —increpa ya sin molestarse en disimular.

—Desde el mismo instante en que puse un pie en tu despacho para intentar hablar

contigo, cosa que no he conseguido todavía. Me alegra que por fin te des cuenta, mamá —espeto con una mueca cargada de ironía, y resalto de forma intencionada la última palabra—. ¿No puedes cerrar el puto pico, olvidar esos papeles que no dejas de mover y escucharme solo por un momento, por favor?

—No, si antes no vas a atender a razones, Alex. Parece que la hija de ese asesino te ha vuelto más intratable de lo que ya eras en el pasado —declara mi madre con la barbilla levantada y los ojos brillándole de rabia.

—Estás volviéndote loca, mamá. No metas a Rebeca en esto. Te lo advierto.

—¡Alex! —brama enfurecida—. ¿Eres consciente de lo grosero que ha sonado lo que acabas de decir?

—Tienes razón, mamá. Tal vez debería haber utilizado un tono más suave para decirte la verdad.

La oigo resoplar.

—Olvida toda esta conversación, Alex. Simplemente coge el maldito billete y la documentación. Haz lo que te digo o verás las consecuencias.

—¿Tanto me desprecias que quieres perderme de vista? —replico sarcástico—. Supongo que no tuviste suficiente con perder a un hijo, ¿verdad?

Sus ojos se agrandan como dos bolas de billar. Todo su cuerpo comienza a temblar. Está por completo paralizada.

—Solo... haz... por... una... maldita... vez... en tu vida lo que te pido, Alex. Obedéceme por las buenas, por favor.

La sangre me burbujea por las venas como un volcán a punto de entrar en erupción. Casi puedo sentirla por mis poros, exhalando puro odio.

—¿Por las buenas? ¿Cuándo has intentado hacer algo por las buenas desde el accidente? —contesto mordaz.

—¿De qué me acusas ahora, Alex? ¿Crees que no lo he intentado todo para que fuéramos una familia normal?

Me río, demasiado enfadado para hacer otra cosa.

Camino hacia mi madre muy despacio, hasta que solo nos separan unos escasos centímetros. Ella es más menuda que yo, pero no con menos carácter u orgullo.

No retrocede ni un milímetro.

«Joder... ¡Bien! Mejor así. De este modo no tendré nada que lamentar después», pienso.

—Desde el accidente dejaste de ser una madre para mí —mascullo en tono grave sin levantar la voz.

—Tienes mi sangre, Alex. Así que sí, eres mi hijo te guste o no, y yo soy tu madre —recalca.

Curvo los labios con sorna.

Paso la cabeza por encima de su hombro y me giro ligeramente, con mi boca sobre su oído. La siento temblar.

—Y eso es lo único que tendrás, mamá —le aclaro—. Mi sangre. Mi corazón y

todo lo demás ya lo tiene otra persona. No intentes cambiarme más de lo que ya lo has hecho o también habrá consecuencias. Te aseguro que tampoco te gustará la persona que encuentres en ese momento.

Nada más terminar de hablar, camino de espaldas a un ritmo pausado sin dejar de mirarla directamente a los ojos, y cuando estoy a un metro de la salida me giro y le doy la espalda.

—Esa chica no puede ser, Alex. Tiene que ser cualquier chica menos ella o tarde o temprano te arrepentirás.

Está metida hasta tal punto en sus propios fantasmas que siento lástima.

Giro en parte la cabeza y le guiño un ojo.

A continuación, salgo por la puerta y no me detengo hasta que he tomado suficiente distancia para calmar todos mis sentidos. Entonces mi teléfono suena.

Es Rebeca.

Un alivio instantáneo me embarga por dentro, pero solo a medias, porque intuyo que quiere preguntarme cómo me ha ido con mi madre. No quiero decepcionarla, pero tendré que hacerlo.

Descuelgo el teléfono y antes de que pueda decir nada escucho los gritos de Rebeca y me tenso.

—¡No puedo salir, Alex! —Sus palabras me llegan entrecortadas—. Hay fuego por todas partes en tu estudio. ¡Oh, Dios mío! La puerta no se abre. ¡Alex! —chilla como si al mismo tiempo estuviera dando golpes a algo sólido que imagino que debe de ser la puerta.

De repente, un fuerte sonido se escucha a través del altavoz. Uno que es horrible, y la conexión se corta de forma abrupta.

—¿Rebeca? —la llamo asustado de verdad.

Una oscuridad profunda que se despliega en mi interior lo consume todo y se adueña de mí. Es algo furioso e inquieto, y ni siquiera me planteo qué diablos hace Rebeca en mi estudio, ni cómo ha llegado a encenderse un fuego dentro de él.

Solo pienso en que lo último que sé es que ella es la que está encerrada allí dentro, con productos tóxicos y humo alrededor.

Joder, joder, joder...

Un torrente de adrenalina me inflama los músculos y todo, absolutamente todo, se desdibuja, excepto una cosa, en mi mente:

Rebeca.

Extras



Cómo escribo yo...

Mariposas en tu estómago



ΣΧΞ Leo todos los libros que puedo, tanto clásicos como actuales, entre los que se incluye narrativa y poesía. Me encanta Pablo Neruda, al igual que a Rebeca, desde que lo descubrí hace unos años, y también Rubén Darío.

ΣΧΞ Intento escribir siempre desde el corazón, pero cuando eso no es suficiente, hago una pausa en el trabajo y tomo tiempo de ocio: salgo con los amigos, con la familia, me echo un viaje exprés... O bien, si no dispongo de mucho tiempo, lo dedico a ver el capítulo de una serie, una película o leer una novela.

ΣΧΞ Me documento en Internet y, si está dentro de mis posibilidades, viajo al sitio, porque si bien no voy a quedarme con todos los datos, una visión general en directo me permite desarrollar con una mayor libertad la escena que tengo en mente. Un ejemplo de ello es el capítulo en el que aparece la azotea del Círculo de Bellas Artes, situado en la zona centro de Madrid. Antes de escribir cómo Beca y Alex suben a la azotea, yo ya había estado en aquel lugar de día y de noche unos meses antes. Desde allí, las vistas de la capital son maravillosas y merece la pena disfrutarlas con un refresco en la mano al menos una vez.

ΣΧΞ Anoto todas las ideas por asteriscos en notas adhesivas, porque me resultan más cómodas para trabajar: la mayoría contiene posibles finales de capítulos, listados de todos los personajes que aparecen en la historia, así como descripciones físicas y psicológicas de cada uno, además de la relación que une a cada uno de ellos con los dos protagonistas.

ΣΧΞ A veces escribir me recuerda a la sensación de conducir. Hay muchos puntos que tengo en cuenta al mismo tiempo, así que para acordarme de todos ellos me

organizo por «cajas»: diálogos; descripciones de personajes y fondos; referencias al cine, libros, música..., y reflexiones. Hay muchas más, pero estas quizá son las principales. Supongo que si vosotros también escribís tendréis vuestro propio modo de hacerlo.

ΣΧ3 Nunca tiro lo que he escrito, aun si siento que no es suficientemente bueno en ese momento. Lo guardo en «el cajón».

ΣΧ3 Mi sistema de aprendizaje es muy sencillo: OEDAA (observar, escuchar, diferenciar, aceptar y aprender).

ΣΧ3 Durante las horas diarias que dedico a escribir abandono todo lo demás. Esto me lo tomo muy en serio: hasta que no he trasladado por completo lo que tenía en mi cabeza al papel, intento no pensar en nada que no sea Alex, Beca y su mundo: cómo visten, cómo se mueven, cómo hablan, qué esconden y cómo están relacionados entre ellos y con el resto de personajes de la historia.

Mensaje de la autora



Para ti que me has leído

Cuando hayas terminado de leer esta carta, Mariposas en tu estómago ya habrá recorrido una gran parte de su sueño: llegar a papel y, sobre todo, llegar a ti. Si aún no lo tienes, espero que pronto forme parte de tu valiosa estantería, tanto como tú ya formas parte del hueco más especial de mi corazón, que solo te reservo a ti.

Durante esta entrega ocurrieron una serie de acontecimientos inesperados, entre ellos, el miniportátil con el que trabajaba murió y voló lejos, supongo que al cielo donde van todos aquellos portátiles que han hecho un buen servicio por su país. No os voy a decir que no me dolió; fue un lío recuperar todos los archivos que tenía dentro, pero me alegra decir que el nuevo portátil que tengo lo está haciendo bien por ahora. Contar con una pantalla de más pulgadas y táctil, además de un teclado retroiluminado y un disco duro SSD, entre otros extras, no te salva la vida, pero a mí me ha sido de gran utilidad a la hora de escribir.

Por otro lado, mi salud se deterioró debido a un número seguido de eventos y charlas, y por primera vez en mi vida perdí la voz durante dos semanas. Fue una experiencia interesante, durante la cual me aficioné al cine francés, a comunicarme exclusivamente por mensajes de móvil y a la papiroflexia. Esto último fue más bien «el efecto secundario Kirov». En aquellos días Alex aparecía en mi mente una y otra vez haciendo estrellitas de papel como la que regaló a la hermana menor de Beca, Natalia. El resultado fue una botella llena de pequeñas estrellas de todos los colores. Así que no descarto que en un futuro algo surja a partir de aquí.

Por otro lado, deseo hacer una mención muy especial a mis chicas de las redes sociales: Toñi, Verónica, Laura, Inés, Ana, Núria y Sara. ¡Gracias a todas, mis cariños! Habéis dado alas de fuego a *Mariposas en tu estómago*, que todavía ha despegado más fuerte en el corazón de muchos más lectores con vuestra pasión día a día. Sé que en esta lista me dejo a muchísimas personas, pero no os quedéis calladas: por favor, haced mucho ruido y que el mundo entero os oiga.

A todos aquellos que me seguís públicamente o no, desde mi tierra o al otro lado del charco, os dedico con todo mi corazón esta entrega, a vosotros, lectores, porque me habéis asegurado en mi página oficial, por redes sociales, por correo y en

encuentros que preferíais una buena novela, aunque me llevase algo más de tiempo.

¡Gracias a todos por hacer posible la apasionada historia de amor entre Alex y Beca! No pasa ni un solo día sin que piense en todos vosotros. Y si bien lo digo siempre, lo repito: nunca desistáis de vuestros propios sueños, mis cariños. ¡Nos vemos muy pronto en la próxima entrega!

Un abrazo enorme y lleno de mariposas.

Natalie Convers

Twitter: @NatalieConvers

Facebook: Natalie Convers

Instagram: Natalieconversjr

E-mail: natalieconvers@gmail.com

